

RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA

DISCURSOS



EDICIONES FE
M C M X X X I X

ÍNDICE

DISCURSOS ANTERIORES AL 18 DE JULIO

[DISCURSO PRONUNCIADO EN JAÉN EL 7 DE ABRIL DE 1935](#)

[ECONOMÍA, TRABAJO, LUCHA DE CLASES](#)

Conferencia pronunciada en Madrid el día 15 de abril ,de 1935.

[DISCURSO PRONUNCIADO EN DON BENITO EL 28 DE ABRIL DE 1935](#)

[DISCURSO PRONUNCIADO EN CÓRDOBA EL 12 DE MAYO DE 1935](#)

[DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE MADRID EL 19 DE MAYO DE 1935](#)

[DISCURSO PRONUNCIADO EN OVIEDO EL 26 DE MAYO DE 1935](#)

[EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE F. E.](#)

Discurso pronunciado en Madrid el 17 de noviembre de 1935.

[DISCURSO PRONUNCIADO EN MURCIA EL 8 DE DICIEMBRE DE 1935](#)

[DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 22 DE DICIEMBRE DE 1935](#)

[DISCURSO PRONUNCIADO EN BRIVIESCA EL 29 DE DICIEMBRE DE 1935](#)

[DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE EUROPA, DE MADRID, EL 2 DE FEBRERO DE 1936](#)

DISCURSOS POSTERIORES AL 18 DE JULIO

[DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 29 DE OCTUBRE DE 1937](#)

[EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE LA SECCIÓN FEMENINA](#)

Discurso pronunciado en Segovia el 23 de enero de 1938.

[EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA PRIMERA ASAMBLEA DE ARQUITECTOS](#)

Discurso pronunciado en Burgos el 14 de febrero de 1938.

EN EL ANIVERSARIO DE LA FUSIÓN DE LAS J. O. N. S. CON FALANGE ESPAÑOLA

Discurso pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1938.

EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DE SUFRIMIENTOS POR LA PATRIA A LA SEÑORA VIUDA DE PRADERA

Discurso pronunciado en San Sebastián el 3 de abril de 1938.

DISCURSO PRONUNCIADO EN MIERES EL 19 DE ABRIL DE 1938

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE SERVICIOS TÉCNICOS

Discurso pronunciado en Bilbao el 1 de mayo de 1938.

EN EL ACTO DE LA BOTADURA DEL CRUCERO «NAVARRA»

Discurso pronunciado en El Ferrol del Caudillo el 15 de junio de 1938.

DISCURSO PRONUNCIADO EN VALLADOLID EL 18 DE JULIO DE 1938

EN LA INAUGURACIÓN DE UN CAMPAMENTO DE ORGANIZACIONES JUVENILES

Palabras pronunciadas en Cóbreces el 8 de agosto de 1938.

ALOCUCIÓN A LOS SARGENTOS PROVISIONALES DE INFANTERIA DE VITORIA

Discurso pronunciado en La Coruña el 31 de agosto de 1938.

DISCURSO EN EL ACTO DE ENTREGA DE LA MEDALLA DE SUFRIMIENTOS POR LA PATRIA A LAS SEÑORAS VIUDAS DE ITURRINO Y DE GUIJOSA

Palabras pronunciadas en San Sebastián el 13 de septiembre de 1938.

OFRENDA AL CAUDILLO DE LOS ATRIBUTOS DE MANDO

Palabras pronunciadas en Burgos el 1 de octubre de 1938.

EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO DE «AUXILIO SOCIAL»

Discurso pronunciado en Valladolid el 23 de octubre de 1938.

EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS CAÍDOS

Discurso pronunciado en Sevilla el 29 de octubre de 1938.

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO

Discurso pronunciado en Burgos, el 19 de noviembre de 1938.

DISCURSO PRONUNCIADO EN JAÉN EL 7 DE ABRIL DE 1935

Si la Falange Española de las J. O. N. S. tuviera necesidad de justificar la razón de su existencia, los acontecimientos políticos ocurridos últimamente serían argumentos más que suficientes para ello.

España está deshecha. Los partidos políticos, las luchas de clases, las oligarquías financieras e internacionales que han contribuido a su destrucción, alcanzan su máximo poder y vitalidad; por consiguiente, el remedio a la actual (situación de España no puede encontrarse en soluciones de origen partidista, sino que ha de arrancar del concepto total de España; ha de ser para todos los españoles.

Por eso, la Falange Española de las J. O. N. S. no es de derechas ni de izquierdas; no es proletaria ni burguesa; no está conforme con los unos ni con los otros, y aspira a implantar un orden nuevo y una organización del Estado también nueva, que no sea ni el Estado espectador de los liberales ni el Estado de clases de los socialistas.

A continuación expone las razones por las que Falange es enemiga de los partidos, de la lucha de clases y del capitalismo agiotista y especulador, señalando los medios con que el Nacionalsindicalismo cuenta para acabar con estos enemigos de la unidad de España.

Termina resumiendo todo el programa de Falange en dos puntos: devolver a España una ambición histórica, e (implantar en ella una mejor justicia social.

(Arriba, 11 de abril de 1935.)

ECONOMIA, TRABAJO, LUCHA DE CLASES

Conferencia pronunciada en Madrid el día 15 de abril ,de 1935.

ECONOMIA, trabajo, lucha de clases, son los tres puntos objeto de esta conferencia. La falta de amenidad, la aridez del tema, quedan compensadas en exceso por su realidad indiscutible, su interés palpitante y su exigencia imperiosa. Además, estas conferencias no han sido organizadas por el Jefe nacional para que se conviertan en torneos literarios u oratorios, ni para que constituyan un rato de agradable esparcimiento y diversión a cuantos a ellas asisten. Tienen una finalidad practica, didáctica; están dirigidas a, proporcionar a todos los camaradas un mejor y más profundo conocimiento del programa, de Falange, que les facilite su propaganda y difusión. Para ello voy a dividir la conferencia en dos partes. La primera, dedicada a estudiar filas causas, los factores, 'los elementos que han producido la situación actual de, la organización económica. La segunda, dedicada a explicar las soluciones propuestas por las distintas doctrinas y sistemas, exponiendo, por último, la nacionalsindicalista que nosotros defendemos, por la que luchamos y acabaremos por implantar.

Terminada la Revolución francesa y empezando el siglo XIX, la organización de la Economía, a consecuencia de las doctrinas de Adán Smith y de los principios de aquélla., descansaba sobre la base de la libertad. Imperaba el criterio de que el Estado debía limitar todo lo posible su intervención en la vida económica de 'los individuos, pues de la libre competencia de éstos habría de salir el triunfo de dos mejores, y con este triunfo, el progreso de la Humanidad. De igual forma, y en virtud de iguales principios, en materia de trabajo se había implantado el sistema de libertad, eximiendo a los hombres de !!la obligación de formar parte de un Gremio si querían dedicarse al trabajo y decretándose en Francia la abolición de aquéllos en virtud de la ley Chapelier. Pero es que, además, la organización gremial que había existido hasta la Revolución francesa era a todas luces incompatible con las nuevas formas del sistema capitalista que se iniciaba. Este exigía grandes capitales para montar los negocios, y ni los antiguos aprendices, oficiales, ni la mayoría de los maestros, tenían los necesarios para ello, y como, por otra parte, había desaparecido la posibilidad de obligar a los hombres a trabajar mediante el aliciente de llegar a ser maestros de un Gremio si cumplían escrupulosamente los deberes que éste imponía, resultó que, de un lado, se agruparon los que, careciendo del dinero preciso para ser empresarios, no poseían más que su trabajo; de otro, las clases acomodadas; se dividió la sociedad en proletarios y capitalistas y surgió el asalariado como medio de ejercer la4 coacción que antes se conseguía dentro del Gremio en la, forma indicada. La lucha de clases había hecho su aparición, iniciándose un combate que aun continúa y no se sabe cómo ha de terminar.

Ahora bien: aunque la Economía descansaba sobre la base individualista, hacia 1830 empezó a popularizarse un vocablo hasta entonces desconocido o poco usado: el socialismo. Su significado no era exactamente conocido por los mismos que lo empleaban, y consistía en una humanitaria aspiración a cambiar la sociedad, poniendo término a la injusticia que representaba el que unos hombres disfrutasen de todas las riquezas y otros careciesen de lo más indispensable. Pero no decían mediante qué procedimiento iba a desaparecer tal injusticia, ni sus aspiraciones descansaban sobre la base de rigorismo científico. Eran los socialistas utópicos, sentimentales y humanitarios. No tardó, sin embargo, mucho tiempo en construirse una doctrina montada sobre los principios de la ciencia económica, para combatir el concepto privado del capital y defender su traspaso al Estado. Este es el socialismo científico de Carlos Marx, Rodbertus y Lasalle. ¿Qué argumentaciones empleaban estos economistas, especialmente el primero, para llegar a la radical solución indicada? Muy sencilla. Ellos veían que una gran cantidad de hombres carecían de toda clase de medios para subsistir, no poseyendo más que su trabajo, el cual habían de arrendar en las condiciones que quisieran los empresarios, porque, si no, había otros hombres dispuestos a aceptarlo. De otro lado, estas condiciones eran leoninas, pues como el valor de la mercancía dependía exclusivamente de la cantidad de trabajo incorporado a ella, una vez que el obrero había realizado el que precisaba para ganar el salario bastante a cubrir sus necesidades, si continuaba trabajando, dos, tres o varias horas más con exceso, no lo abonaba el patrono; existía una plusvalía a favor de éste y a costa del trabajo humano, que constituía, la explotación capitalista. Si, por consiguiente, quien explota es el capital privado, convirtiéndole en público habrá desaparecido la posibilidad de explotación.

Pero no es ésta sola la característica del socialismo marxista; bien conocidas son sus teorías sobre el materialismo histórico y la lucha de clases, lucha que Marx dedujo de los principios de la filosofía de Hegel. Según ésta, en la vida nada es permanente ni definitiva; las formas actuales de organización jurídica, política, cte., llevan en sí un germen de destrucción en pugna con la misma forma existente. Esta constituye la tesis, el elemento destructivo, la antítesis, y de la lucha entre ambas habrá de salir la síntesis, o sea la nueva forma de vida que, a su vez, ha de seguir el mismo proceso evolutivo. Pues bien: Marx aplicó estos principios al campo

económico y dijo que de la lucha entre el capitalismo (tesis) con el proletariado (antítesis) habrá de salir la síntesis, o sea la nueva forma de organización de la Economía, que ha de consistir en la dictadura del proletariado.

Pero si Carlos Marx creó el dogma de la lucha de clases, el sindicalismo fué el instrumento de esta lucha. Ahora bien: el sindicalismo, hasta llegar a sus actuales características, ha pasado por otras anteriores. En la primera, el sindicato representaba el medio de defensa contra la implantación del maquinismo, que arruinaba el trabajo manual del artesano. Posteriormente, convencidos los obreros de que el triunfo de la máquina era inevitable, trabajaron por extender al proletariado el beneficio que aquélla proporcionaba; pero más adelante, al ser imposible sacar nuevas ventajas por haber llegado al límite de rendimiento, el sindicalismo pretende asumir el mando de la producción y destrozar el Estado haciéndose revolucionario. Sus armas de combate son de todas conocidas; sus teorizantes, también lo son. La «huelga», el «boicot», el «sabotaje»; el «label» y la «acción directa», constantemente están dejando sentir sus efectos en todas las reivindicaciones proletarias.

Sorel, Lagardelle, Labriola, Enrico Leone y otros muchos han creado esta escuela, influyendo decisivamente en la mentalidad de los obreros y representando con sus escritos un revisionismo marxista, que, según el lenguaje vulgar, podríamos calificar de izquierda, y que acentúa el predominio del trabajador manual, despreciando toda intervención burguesa.

Pero ni el marxismo con sus teorías, ni el sindicalismo revolucionario con sus medios de lucha, son los únicos factores que han influido en la actual situación de la economía mundial. Hay que tener en cuenta otro más y de gran importancia: el sistema capitalista. Realmente no puede hablarse del capitalismo hasta la implantación de la gran industria y el triunfo de la máquina. Esto es, hasta principios del siglo XIX. La esencia del sistema consiste no sólo en ser una forma de organización económica en la que el capital predomina exageradamente sobre el trabajo, sino en que, como hace notar Mussolini, hay una producción en masa, para un consumo en masa y mediante un capital también en masa. Es decir, que en el sistema capitalista se pierde en absoluto todo el carácter humano de la producción; ésta deja de ser la obra directa de un hombre; ya no se precisan las cualidades personales del artesanado; el hombre es absorbido por la máquina y se convierte en una pieza necesaria para su funcionamiento. Pero el capitalismo ha pasado también por diferentes fases, pues si en un principio poseía, todas las características del liberalismo smithiano que lo había creado, a partir de 1870 empieza a perderlas, ya que al surgir la empresa anónima, si el capital se hace público, se precisa también la pública intervención. Esta pérdida de las esencias liberales se acentúa cada vez más paralelamente al desarrollo de la concentración capitalista, y así vemos cómo las grandes coaliciones industriales, «truts», «rings», etcétera, nacen precisamente para evitar una de las notas de tal liberalismo, la 'libre competencia, pues a los grandes capitalistas les ha sido más cómodo que luchar entre sí ponerse de acuerdo para repartirse los mercados, fijar los contingentes de producción y señalar los precios. Y no es esto sólo, sino que la intervención del Estado cada vez es más solicitada, a fin de que dicte disposiciones orientadas en un profundo proteccionismo económico. Son, pues, rasgos característicos del sistema capitalista en estos últimos tiempos, su apartamiento de los principios liberales que lo engendraron y una concentración de capital de tal magnitud, que ha puesto en peligro la independencia política de los pueblos y ha contribuido en gran parte al actual desorden económico.

¿Cuáles son los remedios posibles para salir de él?

Será la vuelta al liberalismo económico en toda su pureza. Tal es el criterio de algunos economistas y políticos. Precisamente, no hace muchos días, uno de los que con más respeto es escuchado -en los medios financieros, atribuyó en un acto público a la intervención del Estado el trastorno de la Economía. Esta opinión nos parece equivocada. La intervención ha sido solicitada, como hemos visto, por la misma economía liberal, que ha provocado la crisis y ahora se encuentra impotente para resolverla. La crisis es muy anterior a la intervención y se ha acudido a ésta como un posible remedio.

Decía también dicho político en apoyo de su tesis, que los transportes por carretera prevalecen sobre el ferrocarril porque aquéllos siguen un régimen de libertad y éste el de intervención. Pero sobre que jamás puede ser aconsejable el que parte de la Economía esté sometida a un sistema y parte a otro, lo que sucede es que las empresas ferroviarias pueden subsistir gracias a esa intervención, y sobre todo, que la competencia anárquica habrá desaparecido en el momento en que ambas industrias estén encuadradas en el Sindicato Vertical del Transporte, donde todos los elementos que en él intervienen resolverán por sí y armónicamente esa competencia.

Pero además, ¿es que hoy día la Economía no está dirigida por las grandes empresas capitalistas, que

verifican la intervención orientada tan sólo en su exclusivo provecho?

Esta solución, pues, la vuelta al liberalismo, ni nos conviene ni nos satisface, ya que, en resumen, no sería más que empezar el camino que nos ha traído a "a actual situación.

Ahora bien: si del campo liberal pasamos al intervencionista, nos encontramos dentro de él varias clases de intervención. ¿Elegimos la de Roosevelt? No. Esta no tiene más valor ni más prestigio que la de su autor. Es una intervención directa, dictatorial, sin flexibilidad y que no obedece a un plan completo de reorganización económica.

¿Admitimos la socialista? Tampoco. No ya por sus errores científicos, que Bernstein, Henri de Man, Sombart y otros varios han conseguido demostrar, sino, además, por la ausencia de aquellos valores espirituales inherentes a la personalidad y a la dignidad del hombre. Reconocemos la importancia de los factores económicos, pero creemos también en la santidad, en la abnegación y el heroísmo.

Por otra parte, negamos la afirmación marxista de que el obrero no tiene Patria. Que Carlos Marx, judío desarraigado, lo dijera, era natural. Para él, los obreros no eran seres humanos, sino la masa moldeable, el elemento que precisaba para ensayar sus teorías. La redención del proletariado poco le importaba; sólo tenía el egoísmo propio del hombre de ciencia que sueña con ver confirmadas en la práctica sus predicciones y teorías. Pero, además, no comprendemos por qué razón el patriotismo ha de ser una cualidad exclusiva de las clases elevadas. ¿Es que los obreros no forman parte integrante de la nación? Los obreros, lejos de mirar al Estado como algo indiferente o distinto de ellos, deben considerarse dentro del mismo y darse cuenta que los conflictos y problemas que le plantean, a la corta o a la larga, sobre ellos recaen.

Si del examen teórico del marxismo pasamos al práctico, encontramos que en Rusia, país donde ha tenido mayor y más completa realización, las ventajas obtenidas por el proletariado en aquellos puntos que pueden interesarle, no justifican el haber hecho una revolución como la rusa. Así, vemos que la jornada de trabajo es de cuarenta y dos horas; es decir, dos menos que la fijada en Madrid para la industria metalúrgica, y vemos también que en aquellas industrias en que, con arreglo al vigente plan quinquenal, el trabajo es intensivo, las cuarenta y dos horas han sido elevadas a cuarenta y ocho. Mezquino beneficio en el primer caso, nulo en el segundo.

Bien es verdad que los obreros rusos no pueden llamarse a en., año. Lenin, poco tiempo antes de estallar la revolución, publicó un libro en el que describía el Estado soviético tal como él lo había concebido y tal como ha sido implantado. Pues bien: en esa obra decía Lenin que para llegar a su ideal de la anarquía social, en la que los hombres no precisarían de la actual organización jurídica y económica del mundo, había que pasar por diversas etapas: capitalismo del Estado, comunismo y anarquía. Pero comprendiendo que no era posible cambiar la condición del hombre de la noche a la mañana, añadía que para alcanzar la etapa final era necesario conservar el Estado, que Lenin tomaba como sinónimo de opresión. Estado que no sería libre porque precisaría de una disciplina férrea, ni justo, porque mantendría la igualdad de salarios, igualdad que, ante las diferentes necesidades humanas, representa una injusticia. Lenin resumía en una frase su concepto estatal: «Mantendremos el Estado burgués..., pero sin la burguesía.» No hay, pues, por qué extrañarse de lo que sucede en Rusia. A Lenin se le podrá tachar de todo menos de hipócrita.

Descartadas las anteriores soluciones, nos queda aún la corporativa. Y en este punto conviene hacer una declaración. El Estado corporativo no está implantado ni siquiera en Italia. Porque lo que en este país llaman Corporación, en realidad no es otra cosa que un inmenso Jurado mixto o Comité paritario. De un lado, la Confederación obrera; de otro, la patronal; arriba, coronando el edificio, la Corporación. Es decir, que en Italia actualmente se parte de la idea de que el capital y el trabajo son términos forzosamente opuestos y que hay que armonizar en bien de la producción. Cuando, en realidad, lo que debe hacerse es fundir a los dos en una síntesis suprema. Esto es, formar un concepto unitario y superior, integrado por el capital y del trabajo, y que utilice a ambos como elementos necesarios del proceso económico. Cuando esa síntesis se haya conseguido podrá decirse que existe la Corporación.

No queda, pues, otro remedio que construir un orden nuevo, formado por elementos psicológicos y técnicos, también nuevo. Ante todo, hay que cambiar la finalidad de la Economía. subordinando ésta a la Moral y viendo en ella el medio de satisfacer las necesidades humanas, no el de acumular riquezas o saciar placeres. Buscando en los negocios una ganancia remuneradora y no un provecho exorbitante; estableciendo salarios, precios y valores justos; huyendo, en definitiva, de los móviles predominantemente egoístas. Por eso, Falange repudia lo mismo a liberales que a socialistas. Ambos son, ante todo, materialistas, quizá más aquéllos que éstos, pues, como decía Marx, y en esto tensa razón, el régimen liberal burgués ha convertido las profesiones

más elevadas, Sacerdocio, Enseñanza, Derecho y Medicina, en meros servicios materiales de asalariados. De otra parte hemos de ver al Estado como algo inmanente, no trascendente, considerando a cada individuo depositario de parte del poder esencial de aquél al Estado formado por todos y cada uno de nosotros, no mediante una relación directa, sino a través del Sindicato.

Debemos también formar Sindicatos verticales y nacionales. Es decir, Sindicatos que, en lugar de ser exclusivamente de obreros o de patronos, inspirados tan sólo en un interés de clase, por creer que es ésta la que une a los hombres, lo estén por la igualdad de interés en la producción, ya que vemos muchas veces que los proletarios de una industria determinada tienen más vínculos con los capitalistas de esta industria que con los proletarios que trabajan en otra industria competidora y opuesta. Y Sindicatos que desenvuelvan su espíritu de lucha e incluso de rebeldía dentro del ámbito de los intereses de la Nación. Estos Sindicatos descargarán al Estado de una serie de funciones económicas que ellos deben asumir, desburocratizando -la Economía y llegando a la supresión del salariado mediante un reparto equitativo de los beneficios entre todos los factores que han intervenido en la producción. Además disciplinarán la Economía, pero no será una disciplina del Estado, que mate la iniciativa privada, sino más bien una autodisciplina de los mismos elementos productores y en interés social.

Somos enemigos del gran capitalismo financiero, que no debe confundirse con la propiedad privada; ésta consiste en una relación directa de un hombre con una cosa: es una continuación de la personalidad humana. El capitalismo financiero es todo lo contrario: anónimo, antihumano, egoísta, calculador. Es el capitalismo de las jugadas de Bolsa, de los préstamos usurarios, de las combinaciones bancarias y de los grandes Consejos de administración. El que ha hecho del dinero eje del mundo, y del capital, sujeto de la Economía, creyendo que ésta no tiene otra finalidad que procurarle beneficios, réditos e intereses a costa de los abusos que sean precisos. Es el verdadero verdugo del trabajador y del pequeño terrateniente, propietario, industrial o comerciante. Es decir, de todos aquellos que, dejes de utilizar el capital como instrumento de dominio, lo emplean en servicio del trabajo y de la producción.

Defendemos la igualdad de todos los hombres ante el trabajo; igualdad que no excluye rangos, jerarquías y categorías, pero ganadas todas ellas por el propio esfuerzo y la propia capacidad. Proclamamos el derecho y el deber del trabajo, para hacer imposible la vergüenza actual de que haya unos hombres que vivan a costa de otros y que disfruten de todas las ventajas de la vida, adquiridas sin el menor esfuerzo, mientras sus hermanos carecen de lo más preciso para subsistir. Queremos, por último, que, lejos de ver en el trabajo un sacrificio y una carga, veamos en él un timbre de gloria, de honor y dignidad civil, realizándolo, no con pesimismo y resignación, sino con alegría, juventud y espíritu optimista.

Este es el programa económico de la F. E. de las J. O. N. S. Estudiarlo bien y propagarlo mejor. Decir que nosotros aspiramos a que todos los españoles coman, trabajen y se encuentren amparados por una más exacta, justicia social. Y decir también que, solos o acompañados, pocos o muchos, perdiendo lo que haya que perder y sacrificando lo que haya que sacrificar, no dejaremos en nuestro empeño de verlo implantado, y que para ello disponemos de un arma bien poderosa e invencible: la fe. Una fe acendrada, indestructible, en nosotros mismos, en nuestro Jefe y en los destinos futuros de España.»

(Arriba, 25 de abril de 1935)

DISCURSO PRONUNCIADO EN DON BENITO EL 28 DE ABRIL DE 1935

Los que, como nosotros, estamos recorriendo España en viajes, de propaganda, vemos que en todas partes, lo mismo en las grandes capitales que en los pueblos más chicos, nuestra semilla va a dar fruto mucho antes de lo que esperábamos; pero estos frutos no serán cargos ni ventajas, sino una vida dura, disciplinada y de sacrificio, con la recompensa única, pero suficiente; de haber creado una España grande, fuerte y unida, en la que todos los españoles trabajen y se encuentren amparados por una verdadera justicia social. Porque ya estamos hartos de ver cómo antes las izquierdas, ahora las derechas, invocando aquéllas unos principios y éstas otros, las primeras con sus odios y rencores, las segundas con sus egoísmos y comodidades, han destrozado a España y hecho imposible la convivencia de varios millones de hombres, que en lugar de odiarse mutuamente debían trabajar porque su Patria volviera a ocupar en el mundo el puesto de preeminencia a que tiene derecho y al que nosotros, con nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio, la hemos de llevar, porque tenéis que desengañaros: la salvación de España no está en los republicanos ni en los monárquicos, ni en las derechas ni en las izquierdas, ni en el proletariado ni en la burguesía; la salvación está en que todos nosotros, abandonando esas diferencias de partido, de grupos y clases, nos acordemos que, antes que nada, somos españoles uniéndonos en un solo haz y sometiéndonos al yugo de la disciplina y del sentido nacional. Por eso Falange Española de las J. O. N. S. quiere acabar con los partidos políticos, con las clases, con los separatismos locales; es decir, con todos aquellos obstáculos que se oponen a que se restablezca la unión de los españoles y la unidad entre todas las tierras de España, que hoy se consideran extrañas unas a otras y que se desentienden de los problemas que no les afectan a cada una de ellas directamente.

(Arriba, 2 de mayo de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN CORDOBA EL 12 DE MAYO DE 1935

CAMARADAS de la provincia de Córdoba: Vosotros, en quienes se conservan aún puras y arraigadas las virtudes de la raza que hicieron a nuestra Patria inmortal; vosotros, que sacasteis del ambiente lugareño y campesino para lanzarlos al mundo el humanismo de Séneca, la poesía imperial de Lucano, el ímpetu guerrero, expansivo y juvenil del Gran Capitán, habéis de estar identificados con nosotros, que también somos humanos, algo poetas, alegres y decididos. Y porque lo somos, y porque no podemos estar conformes con la actual vida española, falta de ideales, sin otra meta y otro afán que llegar al día de mañana, es por lo que no venimos a aconsejaros resignación ni conformidad, sino, por el contrario, a deciros que hay que transformar a España totalmente, radicalmente, no sólo en su armadura externa, sino hasta en el modo de ser, de pensar y de sentir dos españoles.

Pero para esta empresa no queremos una masa atraída con promesas que luego no se cumplen; queremos, por el contrario, en nuestras filas hombres plenos de convencimiento, que vengan a ellas sabiendo de antemano que no van a encontrar sino una vida dura y de milicia, con la muerte rondándoles a todas horas, pero que, si resisten estos riesgos y fatigas, conseguirán alumbrar una España más clara y más limpia, en la que varios millones de hombres puedan convivir libremente y como hermanos.

A continuación expone las causas de la situación de España, que son los partidos políticos, la lucha de clases y el gran capitalismo financiero.

Termina diciendo que aunque a Falange se le atribuyen intenciones y propósitos totalmente inexactos, no le importa ni estos ataques ni su falta de medios económicos, ya que jamás se ha realizado ninguna obra grande con lujos y comodidades, sino con abnegación y sacrificios, y la Falange será muy pobre de dinero, pero posee un ¡caudal inagotable de heroísmo y juventud, con el que está realizando la conquista de España.

(Arriba, 12 de mayo de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE MADRID EL 19 DE MAYO DE 1935

SEAN mis primeras palabras, camaradas de- las diferentes J. O. N. S. de España que estáis aquí presentes, para dirigiros, como secretario general del Movimiento, un saludo cordial. El 29 de octubre de 1933, en el teatro de la Comedia de Madrid, unos hombres jóvenes, procedentes de pos clones ideológicas distintas, pero unidos por la, santa indignación que en ellos producía ver a su Patria hundida en la descomposición social, en la anarquía económica y en la podredumbre política, lanzaron de viva voz, en un acto público y sonoro y ante un auditorio que no estaba acostumbrado a escucharlas, palabras rotundas y vibrantes que anunciaron el pronto amanecer de una nueva España.

Y ahí nació Falange. Aquellas palabras no fueron estériles; cayeron en buen surco y, a su conjuro mágico, de todos los ámbitos de la Nación surgió arrolladora una juventud fuerte, animosa y decidida a cambiar la España triste y áspera, propia, de los tiempos de decadencia, por otra más alegre, más clara y también más resuelta. Una juventud magnífica que ha sabido resistir los cantos de sirena de los unos y los ataques despiadados de los demás; que ha soportado odios, rencores y persecuciones, entre el humo de la pólvora y el silbar de las balas, va anunciándonos a todos la gentil primavera de la Patria; pero, al mismo tiempo, por cauce paralelo, surgía otra corriente, también impetuosa, de fuerza semejante, que, al servicio de los mismos ideales y nutrida de igual savia y calor, abrió la brecha del portón de nuestras mezquindades, recogiendo las angustias de los trabajadores en un sindicalismo nacional. Pues bien, ambas corrientes llegaron a encontrarse, y unidas en una entrañable hermandad, para siempre indisoluble, han formado la Falange Española de las J. O. N. S. con un solo pensamiento, con una sola doctrina, con un solo símbolo, con una sola bandera: la bandera roja y negra del nacionalsindicalismo, que nuestras juventudes han cogido con su mano vigorosa para pasearla triunfante por los campos y ciudades de la tierra española.

Porque nuestro triunfo es seguro. Desde el día afortunado de su nacimiento, la Falange Española de las J. O. N. S., a pesar de la crítica declarada de unos y a pesar del silencio de los demás, ha continuado su marcha triunfadora, y hoy puede presentar a España entera una organización tan fuerte y poderosa, que arrollará todos los obstáculos que se les Ofrezcan y vencerá a todos los enemigos que se le opongan. Y esto es así, porque nuestras filas se nutren, principalmente, entre otros elementos muy valiosos de la Nación, de los estudiantes y de los obreros; los estudiantes, agrupados en el Sindicato Español Universitario; los obreros, en la Central Obrera Nacionalsindicalista. Los estudiantes están con nosotros, convencidos de que su vigor y su entusiasmo no pueden empleados en mejor obra que en la de rehacer España, porque la masa estudiantil, que aun conserva el decoro, la sensibilidad y la vergüenza, no podía asistir indiferente al total hundimiento de su Patria, pues en España, para fortuna de ella, aún existen gentes mozas y con brío que, en vez de obedecer a las vulgares exigencias de la materia, obedecen a los superiores dictados del espíritu. Y los obreros también con nosotros, porque se han convencido de la sinceridad de nuestras palabras, porque los obreros saben también que nosotros no queremos dispensarles una protección benévola y graciosa, sino que nosotros somos el pueblo mismo, que estamos dentro del pueblo y que compartimos con los trabajadores los riesgos y la pobreza.

Los obreros saben también que nosotros no queremos ahogar sus ansias de liberación. y sus rebeldías, muchas veces justificadas, sino que queremos que se armonicen con los intereses de la Nación, que se integren dentro de la misma Nación y que amen a su Patria con fervor de enamorados. En definitiva, veis que a nuestro lado está y nos acompaña la juventud trabajadora, lo mismo la intelectual que la manual, porque harta también, como nosotros, de los odios y rencores de las izquierdas, de los egoísmos de las derechas, de los abusos de los capitalistas y de las indisciplinas del proletariado, quiere construir un orden nuevo, que no sea capitalista, ni marxista, y ¡en que todos los españoles, unidos por un común destino, se sometan al yugo de la disciplina y del trabajo. Y como para formar y construir ese nuevo orden ya no bastan reformas parciales, ni bastan tampoco protestas palabreras, sino que hay (que hacer una renovación total de principios y de hombres, nosotros oponemos a la :revolución de clase, marxista y destructora, no la contrarrevolución que adormece, sino nuestra revolución profunda, nacional y constructiva que representa el triunfo de España sobre todos, y no el triunfo de una clase, de un partido, sobre todos los demás.

Pues bien, los elementos que integran la Falange, los pilares sobre que descansa, y que son los que acabo de exponer, unidos en un solo haz, marchan directos a tal fin, y en este acto, que representa el término de una etapa, que se abrió con el de la Comedia, y el comienzo de otra etapa más nueva y mejor, os van a hablar algunos de esos elementos por boca de sus iniciadores, y a los cuales ahora, en muy pocas palabras, os voy a presentar. Os va a hablar, en primer lugar, Manuel Valdés, como uno de los iniciadores del Sindicato Español Universitario; Sindicato pujante, poderoso, plantel magnífico de hombres, y que hoy, dirigido por clara

inteligencia, es uno de nuestros más firmes baluartes. A continuación, Manuel Mateo, secretario de la Central Obrera Nacional Sindicalista, que también ha venido a nuestras filas sin abandonar sus ansias de justicia social, convencido de que en ellas puede satisfacerlas mejor que en ninguna otra. Onésimo Redondo, de la vieja guardia jonsista, que representa en este acto el magnífico espíritu que aquélla aportara a nuestro Movimiento. Julio Ruiz de Alda, uno de los oradores del mitin de la Comedia, que, a más de su prestigio personal, tiene para nosotros el valor simbólico y constante de ser uno de los iniciadores de nuestra gesta. Y, por último, el Jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera, para quien huelgan todas las presentaciones y a quien nosotros seguimos con fe ciega como un solo hombre, convencidos de que en sus manos la Falange alcanzará muy pronto la meta gloriosa de nuestras ilusiones. Todos ellos os explicarán nuestras doctrinas, os hablarán de nuestras sufrimientos, os dirán cómo la senda que recorreremos no puede ser más árida, ni el camino más duro; pero os manifestarán también cómo suenan clarines de victoria que anuncian nuestro triunfo, ese triunfo que ya nadie ni nada será capaz de impedir, porque lo han ganado con su sangre generosa nuestros muertos gloriosos, nuestros dieciocho camaradas inolvidables, para los que os pido un recuerdo y cuyos nombres benditos os voy ahora a leer. Son éstos: José Ruiz de la Hermosa, Tomás Polo, Juan Jara, Francisco Sampol, Matías Montero, Ángel Montesinos, Jesús Hernández, Juan Cuéllar, José Hurtado, Álvaro Germán, Eleuterio López, Francisco Díaz, Jesús Saiz, José García vara, Manuel García Míguez, Juan Pérez Almeida.

(Arriba, 23 de mayo de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN OVIEDO EL 26 DE MAYO DE 1935

HE de empezar dedicando un recuerdo piadoso y dolorido a las víctimas de vuestra revolución. A las inocentes, a, las que cayeron en el cumplimiento de su deber y a las que equivocada, pero honradamente, supieron sacrificar su vida por un ideal que consideraban justo, siendo engañados por dirigentes sin escrúpulo ni conciencia.

Lo ocurrido en Asturias es la prueba evidente de los errores sobre los que descansa la organización social y al mismo tiempo de la exactitud de nuestras doctrinas. Porque nosotros por todas partes vamos diciendo que el origen de los males de España está en que en ella se ha hecho imposible la convivencia humana, por haberse roto la unión que debe existir entre todos los españoles, considerándonos desligados unos de otros como si nada tuviéramos de común y fuéramos seres abstractos, vagando por el mundo sin entronque ni conexión alguna. Y como las causas principales de esa rotura son los partidos políticos, las luchas de clases y las oligarquías financieras, claro es que para restablecer la unidad no podemos acudir a soluciones de grupo o clase, sino al concepto total de España, han de ser soluciones que abarquen a todos los españoles y han de inspirarse en un interés superior y nacional.

Y como nosotros estamos conformes con este criterio, es por lo que no somos derechas, ni izquierdas, ni proletarios, ni burgueses, y es también por lo que a Falange no le preocupan si sus palabras halagan o disgustan al público que las escucha, porque no habla para unos cuantos españoles, sino para todos. En cambio, los partidos políticos, lo mismo en sus actuaciones gubernamentales que en sus propagandas, siempre han de preocuparse de no molestar a sus futuros electores, ni perjudicar los intereses que representan. Pues bien, F. E. de las J. O. N. S. no está conforme con unos ni con otros, no es resignada ni acomodaticia, está compuesta de los descontentos con la actual España, tan falta de ideales como sobrada de injusticias, de esta España donde ha desaparecido la legítima ambición de poder y gloria, lo mismo que todo afán de mejoramiento de las clases necesitadas. Nosotros queremos acabar con esto, y como para conseguirlo no bastan reformas parciales, aspiramos a construir un Estado que no sea ni el Estado liberal, mero espectador de la vida nacional, que no cree resueltamente en nada, ni tampoco un Estado absorbente, tiránico y de clase; queremos un Estado en el que el esfuerzo de un pueblo, en vez de encaminarse a defender los privilegios de unos cuantos, se dirija a procurar el bienestar común. Ahora bien, para implantar este orden nuevo hemos de vencer dos obstáculos principales: la lucha de clases y el capitalismo financiero.

Hay que reconocer que la lucha de clases tuvo en su origen un fondo de justicia; surgió por la reacción del proletariado contra los abusos de patronos y empresarios. Colocados éstos frente a los obreros y proclamada la libertad de trabajo, sucedió lo inevitable, esto es, que el más fuerte dominó al más débil; pero entonces los obreros se apercibieron que para defenderse necesitaban agruparse, y formaron sus Sindicatos, que se enfrentaron con los patronales, iniciándose una lucha que ha llegado hasta nuestros días, y que ha destrozado a unos y a otros y a la Economía en general. Pues bien, en el Estado liberal estas luchas tienen que continuar al inhibirse de ellas y dejar a los grupos en pugna, las resuelvan como quieran; en el socialista desaparecen, pero es con la dictadura de uno de 'los dos sobre el otro; en el Estado Nacional Sindicalista carecerán de razón de ser, porque suprimiremos las injusticias sociales; aboliremos abusos de altos y bajos, y organizaremos la Economía en base de Sindicatos verticales de carácter nacional, que en vez de inspirarse en un criterio de clase, lo esté por la igualdad de intereses en la producción.

Pero también queremos desaparezca el capitalismo especulador y financiero, el que ha encarecido la vida mediante una serie de organizaciones innecesarias; el que ha quitado a la Economía todo calor de humanidad y él que ha convertido al obrero en un número de la masa, en una pieza del engranaje económico. Y conste que nosotros somos anticapitalistas, por ser defensores de la propiedad privada y enemigos del marxismo, porque creemos que la única manera de impedir el triunfo de éste es desmontar toda la máquina capitalista, ya que si las predicciones de Carl Marx están resultando exactas, habrá que destruir los supuestos sobre que descansan, si no queremos se conviertan en realidades.

Habéis visto, pues, que el programa económico sindical de la Falange consiste en implantar una verdadera justicia social, haciendo a todos los españoles partícipes lo mismo de las penas que de las alegrías de la Nación, que dejarán de ser, respectivamente, una carga o una satisfacción de unos cuantos. Todos estar mas ligados por un común destino y todos, por tanto, hemos de correr igual suerte.

(Arriba, 30 de mayo de 1935.)

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE F. E.

Discurso pronunciado en Madrid el 17 de noviembre de 1935.

TERMINADAS las reuniones del Consejo Nacional de Falange, a las que han asistido camaradas de toda España, en las que se han afirmado posiciones y tomado acuerdos importantes, celebramos este acto como digno remate de ellas y exponente, indudable y auténtico, de pujanza, y vitalidad. Pero es que, además, en estas horas difíciles y graves que vivimos, en las que España parece irremisiblemente condenada a tener que desenvolver su destino entre unas izquierdas rencorosas y vengativas o entre unas derechas tan estériles como faltas de ilusiones, Falange no puede permanecer callada; tiene el deber ineludible de proclamar una vez más, con el ímpetu de siempre, con la convicción más profunda, su disconformidad con atisbas soluciones y la fe absoluta en el triunfo de sus ideales.

Y esto no lo decimos de manera frívola o alegre, sino conscientes de nuestras palabras, de nuestras afirmaciones y, de lo que es más importante, de nuestros medios. Porque: cuando contemplamos el espectáculo de la política española; cuando se analizan los resultados de la táctica seguida por los partidos políticos; cuando se ve que no han hecho otra cosa sino abrir abismos infranqueables entre los españoles, dividirlos en grupos, hacer que los unos odien a los otros con odio profundo capaz de todas las crueldades; cuando han desterrado toda idea de armonía y convivencia humana, y en cambio no han sabido crear un ideal común, tenemos perfecto derecho a gritarles su fracaso y decíles que España, las fuerzas auténticas de España, cuanto en ella existe no contaminado con bastardos intereses de grupo, clase o bandería, quiere otra cosa, quiere que desaparezcan de la vida pública: España está hambrienta de gloria y de justicia, y, cual la princesa encantada de los cuentos de hadas, aguarda impaciente la llegada de los paladines que, con su esfuerzo y patriotismo, la liberen de las garras satánicas que la aprisionan y la asfixian.

Pero es que, además, aquel movimiento, formado en su origen por elementos diversos y heterogéneos, en los dos años que lleva de existencia ha purificado su espíritu, ha afirmado su personalidad, ha adquirido solidez, tiene organización no sólo en las grandes poblaciones, sino hasta en los pueblos más chicos cuenta con afiliados y simpatizantes en todas las clases y profesiones, publica periódicos, hace propaganda, celebra actos públicos y, en definitiva, ha sabido crear un ambiente, un clima de tal temperatura y exaltación, que las gentes vienen a nuestras filas a sabiendas de que en ellas no van a encontrar cargos, prebendas ni negocios, sino que, por el contrario, van a hallar cárceles, persecuciones y peligros.

Y prueba evidente de la importancia, del prestigio que ha alcanzado la Falange, es que nuestros enemigos de ambos bandos, temerosos de nuestro ímpetu arrollador, conscientes del peligro que representamos para ellos, tratan de destruirnos y nos atacan con todas las armas: los unos, más rudos y decididos, a tiro limpio en la calle; los otros, más cautos, más civilizados, con la insidia, la mentira y aparentando desconocernos o no darnos importancia.

Por eso no es de extrañar que haya gentes que piensen y digan que la Falange no tiene nada que hacer en la vida pública, que no vamos a parte alguna, que somos unos ilusos, y que hay que ser más reales y positivos.

Pues bien; a todos éstos, a los egoístas, a los escépticos, a los acomodaticios, les decimos que la grandeza de España, su Historia, su prestigio, exigen algo más que una política encaminada tan sólo al restablecimiento de un orden material que les asegure su cómodo vivir; que España no son sólo ellos, que en España hay muchas gentes que no pueden trabajar, que viven miserablemente, que sufren abusos e injusticias, y cuyas penas y desgracias no se remedian ya con reformas pardales, más o menos acertadas, ni con medidas de policía más o menos enérgicas, y a todos ellos les emplazamos no más que para dentro de unos meses, para dentro de muy poco tiempo, para cuando las hordas marxistas se arrojen de nuevo a la calle, o para cuando desde el Poder, después de un triunfo electoral, pretendan imponernos su dictadura para que nos digan si la Falange tiene o no una misión que cumplir, para que nos digan si los obstáculos que encuentran esas hordas a sus desmanes y atropellos son las combinaciones parlamentarias, son los intereses de partido, son las tácticas oportunistas, o si, como en el octubre rojo pasado es el pecho de la juventud española, cobijada bajo nuestra bandera y vestida con nuestra camisa.

Esta camisa que se intenta menospreciar porque se ignora, sin duda, que no la viste quien quiere, sino quien puede, que es ejecutoria de valor y disciplina, y que lejos de servirnos de adorno teatral e innecesario, no nos sirve para otra cosa sino para atraer las bailes y el peligro. Pero no se crea, por esto que nosotros somos las avanzadas de unos defensores de los privilegios de los demás y que nos limitamos a ser una primera línea combativa. Nada de eso: a la acción oponemos la acción, pero a otra doctrina oponemos la nuestra, y a una

concepción de España; basada en la disgregación, en la anarquía y en el separatismo, oponemos otra España constituida sobre la unidad, la armonía y el orden clásico.

Porque sabemos perfectamente que un movimiento político como el nuestro, que no es un partido más ni una pandilla de profesionales de la política, que es nacional y auténticamente revolucionario, necesita para vencer de una doctrina y de una acción, que no hubiera sido posible tomar la: Bastilla si antes no se hubiera escrito la "Enciclopedia", ni conquistar el Palacio de Invierno en San Petersburgo, sin que antes Carlos Marx no hubiera escrito «E1 Capital». Sepan, pues, todos, que la Falange no quiere revoluciones tumultuarias, caóticas, sangrientas, río revuelto para ganancia de pescadores avisados, ni reformas parciales estériles, que no sirven para otra cosa sino para proclamar la agonía de España, ni obras de caridad de los poderosos hacia los humildes: quiere justicia a secas, estrictamente justicia, la justicia que nazca de un orden nuevo que nosotros vamos a construir.

Pues bien, a pesar de la pureza de nuestras intenciones, a pesar de la sinceridad de nuestras palabras, a nosotros se nos desconoce o se nos menosprecia. Para los obreros somos sus más encarnizados enemigos, unos farsantes, defensores encubiertos del capitalismo y de la más aborrecible tiranía y reacción; en cambio, para las llamadas clases elevadas, somos unos demagogos inconscientes y suicidas. Y es que ni aquéllos ni éstos conciben que en España puedan existir gentes que, sin necesidad de mezclarse en las luchas sociales, se dediquen a recorrer los pueblos para pasar molestias y exponerse a peligros, para decir a los unos y a los otros que están equivocados y no tienen razón, para hablar de cosas que, como el valor, la justicia y el sacrificio, en un país como el nuestro, acostumbrado a los egoísmos, a los abusos y a los estraperlos, no pueden crearse, sinceros ni que se digan sin encerrar ocultos designios. Pues bien; se crea o no se crea, esos hombres somos nosotros. Somos los que- decimos al proletariado, al campesino, al humilde: Haces bien en luchar por salir de esa vida miserable que llevas, impropia de un ser humano; haces bien en querer transformar la sociedad; tienes derecho a gozar de todas las dulzuras que la existencia pueda proporcionar a los demás mortales; no hay razón para que el pasarte la vida bajo la tierra en las minas, bajo el sol en los campos, siendo un número en la fábrica, todo ello por un mísero jornal, constituya la suprema aspiración de tu existencia, ya que ese mísero jornal impide no te mueras de una vez, aunque te mueras lentamente.

Pero somos también los que decimos al obrero y al proletario: No creas que tu condición de obrero te atribuye derechos superiores a los del resto de la sociedad; tus derechos nacen de que eres hombre y de que eres español, y como tal hombre y tal español debes tener y mereces tener los mismos privilegios y ventajas que los demás hombres y los demás españoles, pero no más. No caigamos en la idolatría proletaria o en la cobardía de decir que el obrero, por serlo, es dechado de perfecciones. Los hay buenos y malos, tienen los vicios y las virtudes de los demás mortales. Por consiguiente, ni los adoremos como dioses ni los tratemos como bestias. Veamos en ellos hombres como nosotros, nuestros semejantes, con iguales derechos e. ; iguales obligaciones. Y cometes gravísimo pecado, mozo proletario y rebelde, pero al fin español, al no sentir España, no a la España caduca y vieja que tenemos, sino a la España que nosotros soñamos, la que nosotros hemos de construir, una España fresca, jugosa, exuberante de vitalidad, que recorra de nuevo el camino ascendente de la gloria, que reivindique las tierras que son suyas y que le han arrebatado; que demuestre de nuevo al mundo que su capacidad creadora no se ha acabado y que está dispuesta a influir y a regir sus destinos.

Y somos los que decimos a las llamadas derechas: «Sin que esto represente un privilegio vuestro, hacéis bien en defender los valores morales, espirituales y religiosos de la Nación; pero sin hipocresía ni fariseísmos, sino como nosotros lo hacemos, con una defensa honda, profunda, entrañable, que cale bien la piel, que arranque jirones si es preciso, y no se limite a un rasguño superficial y epidérmico; hacéis perfectamente bien en defender la propiedad privada; pero cuando esa propiedad, privada represente un esfuerzo, un sacrificio, una contribución al bienestar común a condición de que sea concreta, esto es de casas que se conservan, de tierras que se cultivan, de instrumentos que se emplean en empresas fecundas y nacionales, no una propiedad especulativa y ficticia, no la propiedad del acaparador, del usurero, del prestamista, del que, sin arraigo territorial alguno, no aspira sino a acumular en sus arcas, en sus cajas de caudales, acciones, obligaciones, recibos, pagarés, no cosas tangibles sino títulos de crédito, que son otras tantas armas con las cuales dominar al auténtico trabajador y al legítimo proletario»

Por todas estas cosas, nosotros no estamos conformes ni con los unos ni con los otros, y queremos terminar con los abusos e injusticias de ambos bandos, creando un orden nuevo en el que quepan todos los españoles: burgueses, proletarios, aristócratas, siempre que cumplan con los deberes que su posición en la vida les exige y el interés público les demanda; pero donde no quepa el vago, el parásito, el que por el hecho de un casamiento de fortuna o un nacimiento de suerte se considera ya autorizado para desligarse de las angustias

de los demás españoles y considerarse un ser superior. Un orden nuevo en el que el Estado lo sea verdad, que se considere el realizador del destino 'total de un pueblo, investido en una misión permanente, profunda, superior a la de confeccionar presupuestos o imponer restricciones; un Estado en el que no exista el Parlamento ni los partidos, ese Parlamento anónimo, irresponsable, producto del voto inconsciente y tornadizo de masas completamente histéricas; esos partidos políticos en un principio facciones de tribunas o milicias de; capitanes, después compañías de aventureros o clientelas de familias, siempre conglomerados de ideologías vacías, de odios, de rencores, instrumento de dominio de unos hombres sobre los demás. Un orden nuevo en el que el trabajador deje de ser un número de fábrica, una cosa en la puerta del cortijo, para convertirse en un hombre completo, corazón que siente, inteligencia que discurre, con una familia a quien proteger, con un taller donde trabaje alegre artesanía y una Patria para elevar hasta el cielo, mediante una vida de servicio y de milicia. Un orden nuevo en el que todos tengamos que trabajar para vivir, pero donde no haya algunos que vivan exclusivamente para trabajar, que tan absurdo no; parece que el producto del trabajo de cada uno vaya a la generalidad, como que el producto del trabajo de todos quede en beneficio exclusivo de unos cuantos capitalistas privilegiados. Tan lejos estamos del comunismo falsamente igualitario y rencoroso, que del capitalismo anónimo y explotador. Por último, un orden nuevo en el que sintamos todos un espíritu de solidaridad y convivencia nacional que nos permita apreciar no sólo nuestras necesidades y angustias, la de nuestras familias, la del pueblo en que vivimos o la de la clase a que pertenecemos, sino que nos permita sentir también las angustias de los demás hombres, de las demás familias, de las demás clases y pueblos de España, para que comprendamos con claridad deslumbradora que sólo unidos en apretado haz podemos salvar a España y salvarnos nosotros mismos.

Quede, pues, bien claro, que Falange, tanto teórica como prácticamente, tiene títulos bastantes y legítimos para ejercer el derecho de crítica y para señalar su solución como la única verdadera. Porque si no fuera así y nuestras ideas no acabaran por triunfar tened la seguridad de que España, más tarde o más temprano, se hundirá en el más espantoso comunismo; que España caerá en manos de la revolución, de esa revolución que tanto se teme, que sigue viva, latente y poderosa, y que los Gobiernos no lán podido destruir, no por falta de ganas, sino porque para ello hubieran sido necesarias dos cosas: una, liquidar todas las responsabilidades criminales en ella contraídas; otra, el conocer las reivindicaciones justas y humanas que contenía, pero de forma revolucionaria, de la misma manera que se planteaban, no con los trámites y dilaciones seguidos que no han conducido a otra cosa que a una serie de condenas injustas, con perdones innecesarios, y a una serie de concesiones que nada sirven y que nadie agradece.

Sin embargo, somos optimistas. Las energías de España están intactas. En nuestro país existen millares de hombres cuyo corazón late al unísono de una forma unánime y heroica, dispuestos a dar su vida por la Patria. Es a esos hombres, especialmente a los jóvenes, a los que nos dirigimos para pedirles que nos acompañen en esta empresa que hemos empezado, y en la que se puede triunfar o morir, pero en la que jamás se retrocede; que nos presten su ayuda, su cooperación, su aliento, que se den cuenta de que no se trata de ganar elecciones, de derribar Gobiernos, sino de que estamos metidos en una jugada decisiva en que se está ventilando nada menos que la existencia o la destrucción de España; que ingresen en las quintas de esta compañía, hermandad o milicia) que es la Falange, donde, entre todos, sin rencores, sin pugnas, sin componendas ni intrigas, sino limpia, virilmente, cara al sol, forjaremos la España grande y libre que ellos sueñan y que nosotros queremos.

(Arriba, 21 de noviembre de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN MURCIA EL 8 DE DICIEMBRE DE 1935

EMPIEZA diciendo que este acto, como el último celebrado en Madrid, demuestra el afán de España por salir de la charca pestilente en que se, encuentra y entregarse a una juventud animosa que la coloque en el lugar que le corresponde.

Dice que España ansia volver a las rutas eternas del orden, de la disciplina y de la espiritualidad El problema, de España no es el de matices. Está planteado entre las dos maneras de entender el mundo: la comunista y la nacionalsindicalista. Falange Española no combate al comunismo por ser revolucionario, sino porque aspira a la proletarización general de la sociedad a fuerza de sangre, dolores y miserias de los mismos obreros.

Señala como otro enemigo de España al separatismo, al que no se destruirá mientras no se tenga en España el concepto de unidad de destino.

Termina, diciendo que ningún partido político puede salvar a España, sino un Movimiento nacional nuevo como Falange Española, que llama a todos los españoles, en especial a la juventud.

Termina el acto con el mayor entusiasmo, gritándose: ESPAÑA UNA, GRANDE y LIBRE. ¡ARRIBA ESPAÑA!

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 22 DE DICIEMBRE DE 1935

DIRIGE un saludo al pueblo de Sevilla, que con su asistencia al acto demuestra su deseo por sacar a España de la situación angustiosa en que se encuentra, por librarla de políticos inmorales o incapaces, y por devolverla toda la gloria y el honor que le corresponde. Dice que España está cansada de vivir sin creencias ni ilusiones, sin trabajos ni fiestas, y que: espera anhelante oír de nuevo las voces de mando que la reintegren a las rutas eternas del orden, la disciplina y la espiritualidad.

Agrega que ya se habrán convencido los contemporizadores de lo estéril de su táctica, porque la revolución de 1934, que no pudo conseguir lo que buscaba, gracias al heroísmo del Ejército, va a lograrlo ahora cómodamente por la maldad de unos políticos y la ingenuidad de otros.

Examina el panorama de la política, nacional, en el que impera la intriga y el escándalo, la anarquía y la impunidad. Ahora-añade-se va a las elecciones a la conquista de actas; pero todo será inútil si a los futuros diputados y a sus jefes les falta ímpetu y decisión como a los actuales.

Falange -agrega-quiere transformar España de arriba abajo, acabar, sea como sea, con el separatismo, la masonería y el marxismo; inculcar a las masas proletarias un sentido nacional de que hoy carecen, imponer a todos la justicia sin temores a cargos o influencias y crear unas fuerzas nacionales ambiciosas de orgullo y poder para España.

Termina pidiendo a todos los españoles, en especial a los jóvenes, que se unan a la Falange para ayudar a construir el Estado nuevo con que, aquélla sueña, por el que ducha y por el que sufre odios y rencores.

(Arriba, 26 de diciembre de 1935.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN BRIVIESCA EL 29 DE DICIEMBRE DE 1935

GENTES de Briviesca-comienza diciendo-, camaradas de la provincia de Burgos, de esta tierra gloriosa e hidalga, solar de España; venimos a ponernos en contacto, que sois auténticos depositarios del espíritu nacional, y a pedirnos que nos ayudéis a salvar a España, a esta España nuestra que nos quitan; de las manos, que se deshace, esta España nuestra, en otros tiempos señora del mundo, que hoy vive triste y desorientada por culpa de sus hijos, que crecen incapaces, no sólo de evitar su tragedia infinita, sino hasta de sentir el sonrojo de haberla traicionado.

Porque España, se diga o se calle, está en pie de guerra, porque nos hallamos en guerra civil contra dos poderosos enemigos: el comunismo y el separatismo, los cuales no se pueden vencer con habilidad ni componendas, sino con gentes capaces de echarse a la calle en defensa de la Patria, creando una mística nacional que oponer a la roja, y llevando a las regiones donde ese separatismo se agita el concepto de Espada como unidad con un destino universal que cumplir, que sea crisol en que se fundan las diferencias particulares de aquellas regiones.

Dice que la salvación de España no puede estar en el partidismo político, sino en un movimiento nuevo y nacional como es la Falange, que no tenga compromisos ni sienta nostalgias.

La Falange aspira a llevar al campo una política rural inteligente, dirigida por gente que lo conozcan, que lo amen, que sepan de sus necesidades, no por agrarios de guardarropía, que lo utilizan tan sólo como arma caciquil de encumbramiento parlamentario, aliados a los elementos capitalistas de la ciudad que desean seguir dominando en él y medrar a su costa.

Falange quiere terminar con la injusticia que supone que el producto de los campos, obtenido por los campesinos con el esfuerzo de sus brazos y el sudor de sus frentes, vaya a parar a la ciudad en vez de quedar en el mismo campo, en beneficio de éste y de quien lo trabaja, para mejorar los medios de vida, para mejorar la técnica y para proporcionar, llegado el caso, un crédito en buenas condiciones, sin necesidad de acudir a prestamistas sin escrúpulos ni conciencia.

Combate a los que, confundiendo las medidas extremas de intervención del Estado con una economía organizada, desde sus comienzos, defienden la vuelta a la libertad de contratación.

Por eso-añade-los labradores españoles no tienen más que dos caminos: o defender su pan y el de sus hijos constituyendo organismos sindicales de productores, integrados por todos los elementos agrícolas de la nación, los cuales por sí mismos fijarán los precios de los productos, los terrenos que deben cultivarse y la clase y cantidad de ese cultivo, o resignarse a morir de hambre, libremente, plenos de derechos, al amparo de los dogmas de la democracia.

Termina haciendo un llamamiento a los españoles para que se agrupen bajo las banderas de Falange y contribuyan con su esfuerzo y decisión a construir una nueva España, en la que todos, sin distinción de clases ni partidos, puedan llevar una vida libre y humana.

(Arriba, 2 de enero de 1936.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE EUROPA, DE MADRID, EL 2 DE FEBRERO DE 1936

YA estamos metidos en la vorágine de la lucha electoral. Ya están sueltos y sin freno de ninguna clase todos los apetitos y todas las ambiciones, todos los odios y todas las pasiones. Ya España parece un pueblo de locos, con los futuros diputados viajando de un lado a otro, hablando mal del adversario, prometiendo dichas y venturas y, en el fondo, preocupados tan sólo de su triunfo y de su posición política. Una, vez más va a demostrarse el daño que al país ocasionan las elecciones y la inutilidad de las mismas. Y, sin embargo, en contra de sus deseos, a pesar de su enemiga al Parlamento, la Falange se lanza (también a la lucha electoral; pero lo hace sin claudicar de sus creencias, sin abandonar su ideología, sin traicionar a sus jefes, sin tener que arrastrar por el suelo sus penachos, porque, ante todo y sobre todo, es defensora de España. Y si dos enemigos de ésta han planteado hoy la lucha en el terreno electoral y parlamentario, en él nos encontrarán, a él acudiremos y en él nos hallarán, como nos hallaron, y volverán a hallarnos en cualquier otro, por expuesto que sea, que bien sabe España entera que a la gente de Falange no le asustan los peligros ni le atemorizan las balas. Y que desde el Jefe nacional al último militante, sin majezas ni desplantes, de una manera callada y resuelta, han hecho ofrenda, de una vez y para siempre, de su vida en servicio de la Patria. Pero como estamos en plena guerra civil, como la lucha no es de matices ni de detalles, como la batalla está entablada entre dos maneras distintas de entender la vida, la Falange, arrancando de esa posición electoral y política, que por las razones expuestas ha atenido que adoptar, no podía prestar su apoyo ni mirar con simpatía al frente llamado de izquierda o popular, y no porque lo fuera, que entonces sería la nuestra una posición partidista y parcial contraria a su credo, sino porque ese frente popular es tan sólo la expresión del más puro marxismo, del separatismo más arraigado, con algunos nombres republicanos admitidos por misericordia y que no alteran su carácter, y como por otra parte, en la acera opuesta, las candidaturas que se han formado, por exigencias caciquiles y componendas electorales, han dado entrada a elementos muy heterogéneos y, en cambio, se ha cometido la injusticia absurda y suicida de no conceder un solo puesto en el frente. que se llama autimarxista a quienes, precisamente por serlo, han derramado su sangre generosa múltiples veces y están dispuestos a verterla cuantas veces sea preciso; a los que en Asturias, mientras otros huían por los tejados o se escondían en sus casas, realizaban actos de heroísmo que a todos asombraron, la Falange, haciendo pública la maniobra para que luego no se la tache de perturbadora, con su conciencia tranquila, segura de su valer y de sus medios, lanza candidaturas separadas e independientes de ese frente marxista que pretende convertir a España en colonia de esclavos al servicio de potencias extranjeras; pero también de ese otro conglomerado burdo y extraño, que pretende igualmente engañar al país, presentando un bloque partidista, defensor de egoísmos y de intereses, como el auténtico frente nacional, ancho, claro y limpio, que la Falange, desde noviembre último, viene defendiendo sin apetito de mando y con deseo de servicio. Ese frente nacional, que se quiera o no se quiera, no puede existir realmente ni ser completo sin nosotros. que no en balde hemos ganado nuestro puesto con trabajo y dolor, en tarea diaria, a costa de todos los sacrificios y de todas las amarguras, pero que nos dan derecho para decir con orgullo y en voz alta, por si alguien hay que lo ignore, que donde está la Falange allí está España. Que donde está nuestro emblema del yugo y las flechas está representada la justicia, el trabajo y el valor. Y no se crea que si nosotros vamos a estas elecciones lo hacemos solamente por defensa, impulsados por el miedo o el terror, como si ningún otro impulso o móvil pudiera conmovernos. No; el espíritu de asalto y de combate, la táctica de audacia y agresión de las masas enemigas encontrarán en nosotros, no la fría y pasiva resistencia del que quiere conservar sus posiciones, sino la resuelta, voluntad de invadir los campamentos enemigos a banderas desplegadas, de oponer al ímpetu de las juventudes rojas el empuje arrollador de las nuestras, bien (templadas, y de enfrentar a la revolución sectaria y de clases, no la contrarrevolución, que adormece para que todo siga igual, que esto tampoco lo queremos, sino nuestra revolución constructiva, nacional, fecunda y cristiana. Pero vamos también, y no se olvide, para pedir a España con nuestra voz sincera y dolorida, al ver cómo se invoca su nombre sacrosanto para amparar injustos privilegios y rastreras pasiones, que rompa de una vez para siempre esta capa mediocre que la asfixia y la impide elevarse hasta la gloria, y que dé a las reivindicaciones proletarias un cauce ancho, profundo y nacional, por donde corran, porque, hablemos a las claras y sin tapujos, que es hora de sinceridad ésta en que vivimos: en las reivindicaciones obreras y campesinas hay un fondo de justicia que, más tarde o más temprano, acabará por triunfar y que sólo pueden desconocer las gentes cerradas de inteligencia y secas de corazón, a las cuales, de seguir aferradas a esta cerrazón y a esta sequedad, les esperan días muy amargos y tristes desengaños. Lo que sucede es que esas reivindicaciones de las masas proletarias van acompañadas de un cortejo de odios, de rencores, de deseos de venganza y aun de concupiscencias por parte de algunos dirigentes, que, amparados precisamente en la justicia de la causa que defienden y en la bondad de las masas que dirigen, pretenden sacar su provecho personal a la par que hacer el lucido papel de defensores del pueblo. Y sucede también que esos dirigentes presentan como incompatible el logro de las reivindicaciones proletarias con una política nacional de exaltación de España, de su grandeza,

del orgullo de su pasado glorioso y del deseo de un porvenir mejor. Pues bien: la Falange quiere armonizar, porque entiende que son perfectamente armonizables, todas esas reivindicaciones obreras, que no sabe por qué razón han de estar defendidas exclusivamente por los partidos de izquierda, como si fuese su monopolio vitalicio, con el amor de España y el sentido nacional, que tampoco sabe por qué razón ha de constituir otro monopolio de los partidos de derechas, y está segura de que cuando esta armonía se verifique entre los dos factores, la justicia social de un lado y el sentido nacional de otro, habremos dado un paso de gigante para realizar la unión entre todos los españoles.

Pues bien: porque Falange quiere implantar un orden nuevo en el que no sea posible la existencia de ese proletariado torvo y desarraigado de las grandes urbes y de esas masas de campesinos esclavizados, llenas de odio y de rencor, se nos llama de izquierda, y porque defendemos la unidad de España y sus valores morales y espirituales, nos llaman de derecha, y ésta es nuestra tragedia: que quienes nos entienden nos odian y quienes nos aman no nos entienden, y no saben dónde catalogarnos y no hacen más que preguntarse y preguntarnos: «Pero ¿qué son ustedes?» Pues bien, sabedlo de una vez y para siempre, que ya estamos hartos de repetirlo: Nosotros tomamos de las izquierdas su ímpetu transformador, sus afanes de una España más justa y más humana; tomamos de las derechas cuanto tienen de auténticamente nacional, pero sin los odios de las primeras ni el egoísmo de las segundas, y no para constituir un sector centro equidistante de ambos extremos, sino para formar una síntesis que haga desaparecer por inútiles a todos los partidos políticos.

No queremos, pues, realizar la política negativa como la del último bienio; que si el primero fué fango, sangre y lágrimas, el segundo ha sido de impunismo y de esterilidad; una política de no hacer, una política que no sólo ha dejado por resolver la serie de problemas que España tenía y tiene planteados, sino que los unos los agravó y los otros los dejó marcados para siempre con el sello de la injusticia o de la claudicación, y así vemos que miles de campesinos siguen esperando inútilmente una reforma agraria justa e inteligente que les reintegre alguna vez a su condición de hombres; así vemos cómo el paro obrero sigue sin resolver, cómo se han ido devolviendo poco a poco a la Generalidad catalana casi todos los privilegios legales que tenía antes de su alzamiento, y así vemos cómo mientras se fusilaba a algunos revolucionarios de segunda fila, otros de primerísima eran absueltos o indultados, para escarnio de los gloriosos militares y civiles que derramaron su sangre generosa en defensa de la unidad y permanencia de la Patria. No nos interesan, pues, estas elecciones, si ¡con ellas se persigue un triunfo tan inútil y estéril como el de las pasadas; un triunfo que no tenga otra meta ni otra ambición que prolongar dos años más el mal vivir de España, o asegurar un orden material que garantice a unos cuantos privilegiados su cómoda existencia. Que no olviden los que tal piensen: España es algo más que ellos, que en España existen miles de hombres que no pueden trabajar, que no tienen qué comer y cuyas penas y desgracias no se remedian ni celebrando elecciones cada dos años, aunque triunfen las derechas, ni manteniendo este orden estúpido basado en la injusticia y en el egoísmo. Porque es verdad que alas izquierdas, en su manifiesto electoral, no ofrecen sino un programa sectario, vengativo, anunciador de represalias sin cuento, y lo que es peor, falto de todo latido nacional; pero también es verdad que las derechas no ofrecen sino apetitos, ambiciones, política menuda y falta de fe, empuje y decisión.

Y precisamente por eso, porque los unos utilizan a las masas proletarias, tan necesitadas de amparo y de dirección, como instrumento para sus venganzas y como plataforma de encumbramiento, y porque las derechas no son sinceras, ni son lo que pregonan, porque no quieren otra cosa que ganar las elecciones sea como sea, sin reparar en medios ni alianzas, y para mantener sus privilegios y que las cosas sigan igual que están, porque, en definitiva, estamos asistiendo a la pugna de dos materialismos: el rojo y el blanco, la Falange os pide a vosotros, españoles, que estáis hartos de los unos y de los otros, que echéis a los miasmas y a los microbios, que despejéis la atmósfera densa y mefítica que nos rodea, que abráis de par en par las ventanas para que entre el aire puro y fresco y que hagáis de vuestros votos a manera de escoba que barra para siempre las injusticias, mezquindades y turbias componendas de que está llena España.

La Falange lleva, pues, a estas elecciones las ilusiones y ensueños de una juventud renovadora, que mientras otros se aseguraban las actas o los negocios, ella se jugaba a cara descubierta a todas horas la vida por España; una, juventud que, en lugar de gritar demoledora «abajo y contra todos, grita alegre y enardecida «¡Arriba, Arriba España!», pero no esta España desmayada y decadente que tenemos, sino otra fresca, jugosa, que recorra de nuevo el camino de la gloria y en la que todos los españoles tengan la Patria, el pan y la justicia.

Queremos una Patria grande, superior a los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases, dueña de sus determinaciones, libre e independiente y con la fuerza suficiente para poderlas adoptar libremente sin tener que sufrir ni aguantar injerencias de internacionales rojas, blancas ni de ninguna especie; queremos que todos los españoles tengan el pan, pero que todos lo hayan ganado con su esfuerzo, que tan absurdo nos parece que el producto del trabajo de cada uno vaya a la comunidad como que el producto del trabajo de la

comunidad quede en beneficio exclusivo de unos cuantos privilegiados capitalistas. Por eso queremos librar a la inmensa mayoría de los españoles de la odiosa tiranía del dinero, de las garras de ese mundo parasitario del agio, de la usura, de la especulación, de todas las formas o personas feudales, de las oligarquías financieras,, que han creado el tipo del accionista insensible a todo sentido humano y atento tan sólo al cobro de su dividendo, para que de esta manera el auténtico trabajador, empresarios y obreros, los productores en general, se sientan de una vez y para siempre hombres libres y no esclavos que tienen que entregar lo mejor de la obra que producen a su dueño y señor el capital.

Queremos terminar con la injusticia que supone que, mientras el español humilde y modesto sufre hambre y miseria, algunos personajes influyentes trafiquen con su cargo y su poderío; que el industrial, el labrador, el propietario, el comerciante, tengan sus fincas sin renta, sus negocios en quiebra, estén cargados de impuestos y ltributos, mientras que algunos negociantes, especuladores y banqueros, continúan obteniendo pingües beneficios. Queremos terminar con la injusticia que supone que siempre pague el de abajo y se glorifique al de arriba, que se castigue al desdichado que roba dos pesetas y quede impune el político que asalta los caudales públicos, y que mientras los dirigentes de la revolución pasada pronto han de estar en libertad, cuando no en el Parlamento, los cuerpos de tantos miles de mineros engañados y ardorosos se pudren ;para siempre en la tierra asturiana. Queremos una justicia que no se detenga ante cargos e influencias,. una justicia que sea imputable con los grandes y misericordiosa con los chicos; queremos, en resumen, la justicia a secas, la justicia que ha de traer el orden nuevo que Falange tiene que implantar.

Pues bien: para todas estas cosas, que son tareas reales, fecundas y positivas, no por conquistar actas ni saciar la vanidad, sino como punto de partida para otra empresa más honda y permanente, la Falange se lanza a la lucha electoral, y terminada ésta, triunfemos o perdamos, solos o acompañados, sostenidos por nuestra fe y guiados por, nuestro amor a la Patria, continuaremos alegres y tranquilos la tarea emprendida hasta que llegue el día venturoso y bendito en que esta magnífica juventud que nos sigue al son de nuestros himnos y canciones nos anuncie el, radiante amanecer de España.

(Arriba, 6 de febrero de 1936.)

DISCURSO PRONUNCIADO EN SEVILLA EL 29 DE OCTUBRE DE 1937

CAMARADAS del yugo y de las flechas; camisas azules de la Patria participes en la Revolución nacional y en la salvación de España: Escuchad a un viejo camarada que, al encontrarse de nuevo entre vosotros merced a las gestiones del Caudillo, a quien rindo todo el tributo de mi pública gratitud, desde esta tierra de clásica belleza, más bendita que nunca porque está empapada con la sangre de muchos de sus hilos, baluarte magnífico de nuestra reconquista, ganada y defendida por obra milagrosa de un heroico soldado español,, os dirijo un saludo, un saludo tan lleno de emoción que ni la sobriedad militar de nuestro estilo ni la rígida disciplina de nuestros actos han podido evitar.

Escuchad una voz de la Falange. En este instante, transido de dolor al recordar al amigo de siempre, compañero de los años difíciles, al que luchando solo contra los egoísmos y rencores en que se desenvolvía la vida nacional, supo encontrar de nuevo la vena auténtica de España y volver hacia ella los ojos de su juventud de héroe, al Ausente, al que teniéndolo todo, todo lo dió por su Patria; al que siendo el mejor entre los mejores, es acorralado, afrentado, encerrado como fiera salvaje, sin tener más culpa ni haber cometido más delito que lo sublime de su valor y lo excelso de su inteligencia.

Al recordar a Julio Ruiz de Alda, a Onésimo Redondo y a tantos miles de camaradas nuestros, pedazos de nuestra carne, jirones de nuestra alma, que se fueron para siempre porque querían una España mejor y más humana, esa España nueva que estáis forjando a paso de gigante, arrollando todos los obstáculos, y en la que todos hemos pensado constantemente: los unos, en las horas duras del combate; los otros, en las noches tristes de las prisiones.

Pero no importa. «No importas es nuestro lema. No importan las amarguras, no importan los sufrimientos, no importa la sangre vertida, no importa ni siquiera que nos hayan arrebatado tantas figuras queridas, porque lo que no han podido arrebatarnos ni nunca podrán, es su recuerdo, sus enseñanzas, sus doctrinas, que es la misma enseñanza al escuadrista bisoño que a los camaradas de la vieja guardia, y la lleváis metida en lo más hondo de vuestro corazón y en lo más profundo de vuestra alma.

Ni podrán nunca arrebatarnos, nunca, el convencimiento- absoluto de que lucháis, no por defender posiciones ventajosas ni privilegios irritantes, ni por aferraros en injusticias seculares ni defender sistemas económicos caducos, ni para dividir a España en casta de conquistadores y de conquistados, ni mucho menos para que vuelvan a gobernar los caciques y los politicastros, loa que no creían en la Falange cuando sus hombres ya caían abatidos por las balas en las calles de nuestras ciudades. Los caciques, los politicastros que, con camisas de cualquier color y con denominación nueva, juegan siempre a ganar y nunca a perder.

Repito, los malos, los que por sus errores y equivocaciones están causando la muerte de lo más florido de España, sepan que estáis luchando porque sabéis que vuestra causa es santa, que vuestra causa es justa; porque queréis que España sea Una, Grande y Libre, libre de la tiranía marxista roja, sin necesidad de que caiga en manos de los de ningún otro color; porque, en definitiva, no podréis consentir que la España de Isabel y de Fernando, de Lepanto y de El Escorial, de los santos, mártires y poetas, se pudiera convertir en el campo de ensayo de las doctrinas de un visionario que calificaba de canallas a los trabajadores y que no veía en ellos sino el instrumenta de comprobación de sus doctrinas.

Yo os aseguro, camaradas, que en todo el tiempo que ha durado mi ausencia pensaba sin cesar en los antiguos y ansiaba conocer a los modernos, y hoy que os veo juntos, a los unos y a los otros, con las camisas viejas de la primera, con las camisas nuevas de la hora actual; hoy, que por todas partes he comprobado vuestra abnegación y sacrificio en las horas difíciles atravesadas por la Patria, más que nunca me siento orgullosa de vestir este uniforme y afirmar mi fe nationalsindicalista y ofrecerme sin reservas al servicio rendido de la Falange y de creerme uno de los auténticos depositarios del pensamiento de José Antonio.

Pues bien; con este título, para mí el máspreciado-y que sepan los malintencionados que lo invoco sin el menor afán de especular con él, que si lo hiciera sería el peor de los nacidos-, os pido unión fraternal, camaradería entre todos nosotros, que desde el día en que nuestro Caudillo, alzando la bandera nacional, arrastró a lo mejor de nuestro Ejército y de nuestra juventud, se colocaron y siguen a sus órdenes, adhesión fiel y fervorosa hacia él; que le ayudemos sin reservas ni vacilaciones en la tarea que ha emprendido de rehacer la nueva España, tanto más cuantos más dolores nos cueste el alumbrarla.

Que os deis cuenta de la tremenda responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros, de la trascendencia de

nuestros actos, que el mundo entero aguarda siempre con expectante curiosidad; del supremo esfuerzo diario del cumplimiento de nuestro deber sagrado que tenemos para nuestros muertos, de pagar la deuda que los que vivimos hemos contraído para con ellos, para que en su implacable justicia no nos demanden ante el tribunal de su eterno desprecio los que han sabido llenar toda la anchura de la tierra de España para morir por ella.

Porque tened muy presente que el Alzamiento Nacional, iniciado por el Ejército dentro del clima que nosotros habíamos sabido crear, y seguido por varias fuerzas civiles, ha venido a polarizarse alrededor de las dos que representan la antítesis de la España que teníamos, y por ello la nuestra, la que ya viere, la que está llegando. Y es esto así. Y si es mucho lo que nos une y poco lo que nos separa, no podíamos faltar a la cita histórica que Dios nos ha deparado y aprovechar la coyuntura que se nos presentó, y que quizá no vuelva a presentarse en muchos siglos, de modelar a España a nuestro gusto, formando un frente homogéneo de combate que oponer a las fuerzas de la anti-España, que no creáis que tan fácilmente se han de conformar con desaparecer.

Y no olvidéis tampoco que hemos remontado ya la cumbre de la posición rebelde para empezar a descender a, la llanura de la serena gobernación, donde, sin dejar enfriar para nada la llama de nuestro ardor militante, hemos de, demostrar al mundo que tenemos no sólo la capacidad heroica necesaria para morir por España si es preciso, sino también la capacidad política necesaria para trabajar por ella y hacerla vivir.

Son horas graves las que vivimos de dolor y tragedia, y en trances tales, los pueblos, como los hombres, buscan unión y no divorcio, hermandad y no antagonismo. Tenedlo muy en cuenta y no vayamos a hacerle el juego al enemigo común, encubierto o descarado. No vayamos también por nuestra incompreensión a hacer estéril el triunfo de las armas, como sucedió en España en otra ocasión, también de independencia.

Y no olvidemos tampoco que no somos una fracción ni un partido político más, que somos un Movimiento Nacional que abarca a España entera y, por consiguiente, que no podemos cerrar los brazos a todos aquellos que, arrepentidos de pasados errores o desaparecida la nube de su razón al conjuro de lo exacto de nuestras previsiones y lo auténtico de nuestras doctrinas, vuelven hacia nosotros con afanes de hermandad y deseos de cooperación. Pero que tengan mucho ojo. Se lo advertimos lealmente. Que nuestro juego es limpio, enérgico, viril. Que, sacerdotes de nuestro culto, no consentimos ni herejías ni falsificaciones. Que estamos en tarea de servicios y no de beneficio, dispuestos, como siempre, a arrojar de las tiendas inmaculadas de nuestros campamentos a todo aquel que crea, por ser rico en caudales de dobleces, que las puede manchar.

Nosotros somos sinceros y no engañamos a nadie. La revolución roja se ha caracterizado por ser la revolución de la falsificación y el engaño. Es la revolución del fraude. Se hace con el nombre de la tolerancia, y las iglesias están destruidas o dedicadas a menesteres profanos. Se hace en nombre de la libertad, y es la tiranía marxista la que impera. Se hace con el nombre de la redención del proletariado, y los proletarios se encuentran más enloquecidos y famélicos que nunca. Se hace en nombre de la independencia, y las brigadas internacionales son sus principales fuerzas de choque, y sus mandos extranjeros los más importantes.

Nosotros, en cambio, desde el primer momento, desde el día que alzamos bandera, el 29 de octubre de 1933, precisamente en el acto que hoy conmemoramos, a través de la voz mágica y profética de José Antonio y de otros camaradas, lanzamos al viento el grito de advertencia. Dijimos sin rodeos, sin ambages de ninguna clase, que las doctrinas económico-políticas del liberalismo eran el camino llano que nos habían de conducir al régimen bolchevique; que no se trataba de ganar elecciones ni de derribar gobiernos; que se trataba, nada menos, que de escoger entre dos caminos, entre los dos conceptos de, la vida: de un lado, la asiática, p materialista y de clase, y de otro, la occidental, cristiana y unitaria. Y dijimos también que la fuerza arrolladora del proletariado, basada en gran parte de la justicia de sus reivindicaciones, no se podía contener con débiles defensas, sino que era preciso emplear procedimientos nuevos, heroicos, tajantes, como ya lo habían empleado otras naciones que habían pasado por situaciones semejantes a la nuestra, inspirados siempre en romper la capa de mediocridad que había imperado en España en los últimos años, dándole una ambición histórica hacia arriba y asentándola en una auténtica justicia social por abajo. Pues bien, cuando llegue la victoria, fijando el término de la guerra; cuando nuestras banderas victoriosas, al llegar hasta el último rincón de la Patria, permitan que nos pongamos en contacto con las grandes masas proletarias, urbanas y campesinas; cuando, como ha sucedido ya en muchos de los pueblos, se han enterado de lo que somos y de lo que realmente representamos, tened la seguridad, camaradas, de que esos miles de hombres proletarios y rebeldes, no los repugnantes y asesinos, que han cometido crímenes que rechaza toda conciencia honrada, y que no pueden quedar impunes; esos miles de hombres, repito, que queramos o no queramos tienen que convivir con nosotros, porque, Dios ha dispuesto para ventura suya que nazcan en España y que sean

españoles, a los cuales no se les puede dejar abandonados en su desesperación, sin cobijo para sus almas y para sus cuerpos, esos miles de hombres llorarán de arrepentimiento al ver que los que ellos creían sus más feroces enemigos, luchaban por su auténtica redención, por librarles de la tiranía de los dirigentes, 'que habían envenenado su almas sencillas, y por darles una Patria grande, de ancha prole, en la que todos quepamos como hermanos, el pan que necesitan y la justicia que han añorado tanto tiempo.

Porque somos revolucionarios, profundamente revolucionarios. "Y* al escuchar estas palabras nadie se rasgue las vestiduras ni se apresure a incluírnos en la casilla de sus recelos o de su odiosidad, porque lo somos, no en el vulgar concepto del dinamitero de mirada torva o corazón reseco, que quiere destruir todo sin construir nada, sino que lo somos en el sentido de hombres conscientes, que entienden que la tarea de la generación actual no es sólo la de impedir que en España impere el comunismo, sino implantar un orden nuevo; en el de hombres que hartos ya de tantas vacilaciones, verbalismos y formulismos políticos, que en teoría son todos magníficos, ansían realidades, decisiones, ser mandados con energía, para que con ímpetu arrollador, pero siempre al servicio de una norma, calar hasta la raíz de la vida española e implantar un régimen que no sea burgués, ni proletario, ni aristócrata, sino para todos los españoles, siempre que todos cumplan con los deberes que su posición en la vida y el interés público exijan. Un régimen en el cual el Estado sea el pueblo y el pueblo sea el Estado, a través de la escala intermedia del Partido; un régimen en el cual las tradiciones históricas de nuestro pasado se armonicen con las exigencias económicas del tiempo en que vivimos y en que los grandes núcleos de obreros españoles, antes abandonados, mejoren su condición de vida, pero no mediante obras de caridad o de beneficencia, graciosamente concedidas, sino por el imperio de estricta justicia; un régimen en el cual -esto sí que es importante- todos esos grandes núcleos se sientan realmente incorporados dentro de la vida nacional.

Porque somos nacionalsindicalistas; es decir, queremos llevar el sentido de subordinaciones de todos los organismos y de todas las instituciones al interés supremo de la nación, y queremos montar la vida económica sobre la base sindical, perfectamente compatible con el capital, elemento necesario para la producción. con la propiedad privada, siempre que sea consecuencia legítima de un esfuerzo personal; pero incompatible con todos esos cubileteos de las jugadas de Bolsa, de los préstamos usurarios, de las combinaciones de la democracia mercantil de las sociedades anónimas y, en definitiva, con esa serie de abusos del capitalismo especulador. Porque el capitalismo moderno, en un principio, fué familiar; después, de grandes dinastías, y más tarde, de grupos industriales hipertrofiados que le hicieron perder aquellas cualidades de libre concurrencia y de iniciativa que le caracterizaba. El capitalismo, tal como está planteado en la actualidad, ha dado ya todo el jugo de que era capaz, y tiene que ser sustituido por otro sistema que, sin caer en la aberración comunista o en otros extremos peligrosos, pueda cumplir el fin que está llamado a llenar.

No queremos ni comunismo rencoroso ni capitalismo explotador, que tan mal nos parece. Ni que el producto del trabajo de cada uno vaya a parar a la colectividad, como que el producto de todos quede en beneficio exclusivo de unos cuantos privilegiados.

Tradición que, como dijo José Antonio, no es copia servil del pasado, sino afán de adivinar lo que los antiguos harían en nuestras actuales circunstancias. Jerarquía, autoridad, Patria, pan, justicia, sentido militar y religioso de la vida, éstas son las normas de nuestra conducta, los pilares de nuestro edificio, la estrella polar que ha de guiar nuestra navegación.

Y cuando hayamos dado cima a la tarea de construir el Estado nacionalsindicalista que nosotros queremos implantar; cuando el edificio esté sólidamente asentado, con carácter de permanencia, en condiciones de resistir los embates de todas las mareas, sin temor a fisuras ni resquebrajamientos, si entonces España, cediendo al impulso de su pasado y de su tradición, reclamase una determinada forma de representación simbólica, la Falange, que tiene voluntad de Imperio y tiene un solo Jefe, creo yo, personalmente, que, al menos en teoría, nada tendría que objetar.

Y ahora, camaradas, vosotros, los que con fe de iluminados empuñáis el fusil en :las trincheras; vosotros, los que en la retaguardia, para ganar la paz, soportáis, estoicos, todas las chinchorrerías de la estupidez humana; vosotros, los que en la zona roja aun lleváis la cruz del mártir, que nada os desanime ni desaliente; firmes en vuestros puestos, en línea de combate. Tenemos un Caudillo, y guiados por él recorreremos la ancha vía de nuestras ilusiones, y si surgen obstáculos, mejor. Mejor los venceremos. Si hay que morir de nuevo, moriremos también. Pero España es nuestra. La tenemos en los brazos, y pase lo que pase nadie nos la arrebatará, porque hemos celebrado con ella nupcias entrañables y sangrientas, y ya no hay poder humano que nos la pueda arrebatár.

Escuadras de Falange; Juventud de la Patria: Alzad vuestras banderas y vuestros estandartes, que en España ha amanecido ya. Extended bien la mano, hacia un cielo sin nubes, y decid con vos recia y templada, que se oiga muy clara en todas partes, que resuene en nuestros corazones como un grito de victoria que a todos nos anime y nos aliente:

España, Una. España, Grande. España, Libre. ¡ARRIBA ESPAÑA!

EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL II CONSEJO NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

Discurso pronunciado en Segovia el 23 de enero de 1938.

EXCELENTISIMAS Autoridades, dignísimas representaciones del Cuerpo Diplomático, pueblo de Segovia, camaradas de la Sección Femenina de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.:

Tengo a orgullo y a honor el levantarme a hablar en esta tierra castiza y añeja de Segovia, donde la majestad de Isabel faé consagrada ante sus piedras milenarias, doradas por el sol; ante sus monumentos, de clásica belleza, evocadores de múltiples recuerdos de la historia de España, que nos dicen de estirpes, de linajes, de figuras señeras de nuestra tradición; y es para mí un remanso de paz y de alegría en el camino árido y trabajoso del vivir cotidiano, pletórico de luchas, de incomodidades y de responsabilidad, el poder tomar parte, siquiera sea brevemente y en la postrera hora, en vuestras tareas, y en poder dirigiros unas breves palabras a manera de consejo fraterno y cordial.

Pero siempre que intervengo en un acto de la Falange que, como éste, es prueba de toda la amplitud y trascendencia pública que ha ganado, y de toda la influencia social que ha adquirido, experimento una doble sensación de alegría y de gozo de una parte, de pena y de dolor de otra. De alegría, al ver cómo empieza a recoger el fruto de sus pasadas luchas, al ver cómo la sangre que ha vertido ha sido pródiga en cosecha y no ha resultado estéril, y al ver cómo conserva intacto el caudal de energías y de ímpetu que siempre tuvo, y que es prometedor de sucesivas pruebas de vitalidad.

Pero esta alegría profunda y ambiciosa está contrapesada por amargo dolor al pensar en los camaradas caídos, al pensar en los camaradas ausentes, al pensar en los camaradas que supieron quitar las zarzas del camino, arrancar las espinas a la rosa de España, y al pensar en los camaradas que, sin embargo, no han tenido la dicha de respirar su olor.

Y esta sensación agridulce está agudizada, se intensifica, adquiere mayor intensidad en estos momentos y en este acto, por ser vosotras, mujeres de la Falange, las que habéis convocado a este Consejo, cuyas sesiones se clausuran hoy, y pocas de vosotras serán las que no tengan una pena que llorar, un recuerdo que sentir, un padre, un marido, un hermano o un hijo que no haya caído en la brecha, que no luche en las trincheras, y porque, sobre todo vosotras, mujeres de la Falange, tenéis por Jefe a Pilar Primo de Rivera, la camarada magnífica, modelo de abnegación, de sacrificio y de virtudes, hermana de José Antonio, quien para nosotros, más que un recuerdo apasionado, es presencia constante, vigilante e inspiradora.

¡José Antonio! Si su nombre no puede pronunciarse sin temblor en la voz, si le recuerdo siempre con emoción hondísima, en estos momentos le tengo más presente que nunca, porque pienso en las palabras tan bellas y sentidas que os diría a vosotras, mujeres españolas; porque en esta tarde de invierno castellano, al igual de otra, que ya va a hacer tres años, en tierras extremeñas, os diría a vosotras, cómo no queremos que las mujeres sean meras destinatarias de piropos y galanterías, cómo no queremos que tampoco seáis aspirantes a cargos que sólo al hombre le corresponde desempeñar, sino que cumpláis vuestro magnífico destino de mujer en la vida, como esposa, como madre, como hija, con equilibrio armónico de todas las cualidades y de todas las virtudes inherentes a vuestra feminidad. Y os diría también cómo la abnegación, que es virtud femenina, es la principal virtud de la Falange, que ha nacido y se ha formado en la aspereza y en la contrariedad, para que de esta manera aprendan los que lo ignoran y recuerden los que lo han olvidado ya, que aquí, en nuestras filas, no se viene ni a trepar ni a subir, y que, mientras tantos hermanos nuestros mueren en las trincheras con el nombre de España en los labios, aquí, en la retaguardia, no se puede vestir con decoro esta camisa si no se viste como el uniforme del soldado o el hábito del monje, si no se tiene de la vida un sentido profundo y grave, ascético y militar.

Vosotras, camaradas, habéis venido de distintos puntos de España, y mezcladas sin distinción de rango ni de procedencias sociales y políticas en la santa hermandad de la Falange Española Tradicionalista, os habéis afanado durante ocho días por afinar y perfilar las líneas de vuestra Organización y por aprender aquellas lecciones que os han dado los camaradas que han ejercido, durante varios días, la generosa misión del magisterio. Ahora os volveréis a los pueblos y provincias de vuestra procedencia, para poner en práctica cuanto habéis acordado y cuantas enseñanzas habéis aquí adquirido; volveréis a dar pan al hambriento en vuestros comedores, auxiliar al herido en frentes y hospitales; volveréis a vuestros talleres, lavaderos, al campo y a la ciudad; pero siendo todas estas tareas buenas y provechosas, yo creo que en las horas actuales y solemnes por que atraviesa España, os corresponde otra de mayor jerarquía, de más rango y superior autoridad: que si el Estado nuevo tiene como base más sólida la familia, es decir, el hogar, a él debéis llevar

aquellas normas de honestidad, de cristalina transparencia, de convivencia humana, de serena justicia, de pensamiento en Dios y en un destino eterno; es decir, las normas de conducta de esta España que nace, que tantas lágrimas y dolores nos está ocasionando el alumbrar; de esta España que ha de ser señora del mundo; de esta España que ninguno de nosotros jamás puede ya dejar que nadie nos arrebatase ni nos la quite.

Todos cuantos militamos en la Falange Española Tradicionalista tenemos la obligación de defender y aumentar ese tesoro sagrado que representa y que nos han legado los hombres que luchan en la primera línea y del que nos pedirán estrechísima cuenta si, a su vuelta, lo hubiéramos dejado perder; pero mientras nosotros lo defendemos con uñas y con dientes si es preciso, contra los ataques claros y de frente, por rudos que éstos sean, que nos sobran alientos para empresas más duras, y es misión varonil, a vosotras, mujeres de la Falange, os corresponde la tarea callada y silenciosa de amparar a la Falange, de ser vestales de su culto, sacerdotisas de su fuego sagrado en la casa y en el hogar, para evitar que la unidad fraterna de todas las mujeres españolas, dentro de la Falange, pueda resquebrajarse por los ataques cautos, pero llenos de insidias, que hacen de los chismes y de las cominerías de las gentes ociosas de la retaguardia, que sueñan con que vuelva un régimen liberal de cómoda tertulia y de fácil intriga, contribuyendo también así a que todas las ambiciones y maquinaciones de los restos supervivientes de los viejos partidos políticos, que no se resignan a desaparecer, se estrellen contra el muro de la unión fraterna, indisoluble, basada en ley de amor y de común destino, que es la Falange Española Tradicionalista que Franco ha levantado con certera visión de político y con acierto de gobernante.

Y conviene también decir, siempre que haya ocasión, en voz clara, y bien alta, para que se entere quien deba enterarse y entienda quien deba entender, que si la Falange era antes cárceles, sufrimientos y peligros, ahora y siempre ha de ser incomodidad. No queremos prebendas, sino puestos de riesgo; no queremos holganza, queremos trabajar por España y el Caudillo que rige sus destinos; pero queremos también consideraciones y público respeto, y que en vez de realzar con morboso deleite los defectos que podamos tener, se realcen nuestras virtudes, méritos y servicios, que los tenemos también; que se reconozcan nuestras patrióticas intenciones y nuestra indudable buena fe. Y queremos, sobre todo, que esos seres perfectos y geniales que se encierran en su torre de marfil para ejercer desde ella una crítica demoledora y negativa, desciendan del Olimpo, bajen a ras de tierra, luchen y nos ayuden; que a sus ataques y a sus críticas seguimos contestando con deseos de cordialidad, porque en la hora actual que atraviesa España, todos estamos obligados a traer a la común tarea de salvar a la Patria cuanto somos y cuanto valemos, sin excusas, reservas ni distingos de ninguna clase, ni miras puestas en horizontes políticos más o menos lejanos, sino entregándonos a España con toda ingenuidad.

Pero, en fin, si no lo hacen, allá ellos; nosotros y vosotras seguiremos unidos por el camino que José Antonio nos marcó y que el Caudillo nos ha ordenado seguir. El nos guía; tenemos, pues, un Jefe, y tenemos un ideal por el que muchos miles de camaradas han perdido con orgullo la vida, y por el que otros muchos luchan con ardoroso afán. Nuestro origen es, por tanto, del más noble linaje, porque, arranca de héroes y de mártires, y se ha formado, como todas las cosas grandes, dentro de la adversidad. Si ateniendo estas armas hay quien sueñe en vencernos, pienso que se equivoca: no nos quitarán el puesto. Es la herencia sagrada que nos han legado muchos más de muertos, víctimas inocentes de muchos años de liberalismo estúpido, de democracia palabrera, de materialismo destructor, y esa herencia es el patrimonio de la juventud y del Ejército de España, quienes, como herederos universales de ella, son los que están autorizados, exclusivamente, a disponer y administrar.

Porque conviene también que no se olvide, que se tenga muy presente que esa juventud y ese Ejército se han lanzado a la lucha porque no les gustaba la España que teníamos, porque querían otra mejor, más justa y más humana, sin abusos de los de arriba, de los del medio ni de los de abajo; querían también, y les parecía perfectamente el que se defendieran los valores morales y espirituales de la Nación, pero siempre que esa defensa no se hiciese para cubrir abusos, explotaciones ni egoísmos, ni se convirtiese en pabellón que amparase mercancías averiadas; porque les parecía también muy bien que el obrero reclamase un presto mejor en la vida, mejorase su condición humana, tuviese derecho a disfrutar de todas las dulzuras que la existencia depara a los demás mortales; pero muy mal, que se creyera el titular de todos los derechos y excluidos de todos los deberes. Que nosotros tenemos un lenguaje sincero y áspero, y decimos siempre las verdades, y no halagamos a nadie, y por eso mismo también, nosotros y el Ejército no queríamos la España turnante y vacilante y pendular; no queríamos la España de las derechas ni la España de las izquierdas; no queríamos la España acomodaticia y gris que algunos pretenden, ni la España sin fe, materialista, sumisa a Moscú, con que los rojos sueñan. Para ninguna de esas dos Españas se están matando los españoles. Los españoles luchan por la eterna metafísica de España que dijo José Antonio; los españoles quieren una España unida, una España entera, una España completa, no una España con el alma partida. ¿No es verdad que es

así?

Pues si me habéis contestado que esto es así, y si nosotros tenemos un Caudillo que ansía iguales cosas, lo demás, ¿qué nos importa? Vosotros, camaradas, los obreros de manos encallecidas por el trabajo, campesinos de mano rugosa ennegrecida por el sol, intelectuales y aristócratas de mano pulida y cuidada, estrechároslos todos en señal de hermandad y marchad decididos por el camino recto, aunque sea el más áspero, a la vanguardia de todos los caminantes, animando a los débiles, venciendo al incrédulo, atacando al que nos quiera atacar, aspirando a ser siempre los primeros en los puestos de sacrificio y los últimos en los de las comodidades; sin tener más ambición, ni aspirar, ni soñar con más recompensa, sino que al final de la tarea nos queden suficientes alientos para gritar con toda nuestra alma:

¡ARRIBA ESPAÑA!

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA PRIMERA ASAMBLEA DE ARQUITECTOS

Discurso pronunciado en Burgos el 14 de febrero de 1938.

CAMARADAS de la Arquitectura:

En prueba de interés hacia vosotros y de la función que os está encomendada, he puesto especial empeño en asistir a esta sesión de clausura de las reuniones que habéis celebrado. Quiero demostrar, con mi presencia, la solidaridad de la Falange con todas las manifestaciones de la actividad humana, su vibración al unísono con las inquietudes de la vida moderna, y muy especialmente, la atención que para ella merece la Arquitectura, que podría definirse, valga la paradoja, y si queréis, el dislate, como la más científica de las artes y como la más artística de las ciencias. Porque la Arquitectura, bien lo sabéis vosotros, supone una serie de principios, de conocimientos científicos sistemáticamente ordenados que obedecen a una línea de razonamientos y de antecedentes previos; pero supone también la expresión de anhelos y de inquietudes, de concepciones subjetivas que escapan a toda regla y a toda disciplina y que obedecen tan sólo a la llama sagrada de la inspiración personal.

Y es por esto, quizá, que en la Arquitectura (que exige la armonía de todos esos elementos), la unidad, idea madre de nuestra doctrina, adquiere repercusión y trascendencia enormes, y esa, unidad, que se exterioriza - en el estilo, desaparece en la Arquitectura cuando hay un sentido fragmentario y variable de la vida en vez de uno total, permanente y completo; pero al desaparecer el estilo no quedan sino expresiones personales, dispares, diversas, puramente temperamentales, dejando la Arquitectura de ser la expresión artística de un todo, de un pueblo que se siente ligado por un destino común, para convertirse en exponente de individualidades, cada una de formación diversa.

Nosotros nos proponemos restablecer esa unidad, recomponerla, hacerla completa, para que al serlo, todas las manifestaciones de la actividad del hombre estén impregnadas, sean fiel reflejo de ella, lleven su huella indeleble, y el lograr este propósito traerá la consecuencia de que vuestras obras futuras respondan a un estilo que no puede ser otro que el de la Revolución Nacional que nos ha de traer un sentido de la vida distinto del que teníamos, o no ha de ser nada, que ha de empalmar en aquel momento de nuestra Historia en el que unas constantes de verdad y de fe guiaban al hombre, en el que la razón aun no había pretendido alcanzar la soberanía del mundo, ni el derecho a juzgar de todo con absoluta suficiencia, sin respeto a lo divino ni a lo humano, en el que Europa aun no, estaba influida del virus disociados y protestante que rompió su unidad y en el que, lo diremos con palabras que nacieron para nosotros de la fuente más pura y cristalina: «el espíritu católico era la clave de los mejores arcos de nuestra historia».

Todo movimiento revolucionario, y el nuestro lo es, aunque por temor o por pudor algunas veces empleemos otras palabras para vestir el concepto, tiene un contenido que se manifiesta en los distintos sectores de la vida, crea necesidades que ha de resolver, con arreglo al destino de la misma Revolución; pues bien: en lo que al orden arquitectónico se refiere, ese estilo no puede reflejarse sino en una clase de edificios que han de ser su exponente, que han de ser su patrón, la minoría selecta que guía a los demás, la vanguardia que despeja el camino, lo que imprime el carácter a toda una época de Arquitectura, la que expresa un modo de sentir y pensar, una actitud ante los fenómenos de la vida humana, sin perjuicio de que haya otros edificios que tengan que someterse a reglas mecánicas, racionales y de eficacia práctica.

Estamos, pues-no se olvide-, en un momento de transformación honda, profundísima, extensa, y por eso a vosotros, arquitectos, os alcanza también. Os alcanza en cuanto os crea obligaciones, también derivadas de las necesidades engendradas justamente por esa) transformación, y que muchas de ellas se concretan en realizaciones de tipo arquitectónico

Respecto a las primeras, estáis obligados a prestar auxilio a vuestros compañeros que lo precisen, mediante una distribución de trabajo justa y racional, que permita a todos tener el necesario, no sólo para subsistir con el decoro y la satisfacción que nacen del esfuerzo personal, sino también para que los vínculos del compañerismo se aprieten y os sintáis unidos dentro de una gran familia sindical, en la que a todos os alcancen los éxitos y los fracasos. Porque tened presente que para ser de la Falange no basta -aun cuando sea preciso- vestir un uniforme, gritar ¡Arriba España!, levantar la mano, ni siquiera entender su doctrina, que cualquier persona medianamente culta logra asimilar; todo eso es preciso, pero insisto en que aun no es bastante: Falange es un modo de ser, es un clima, es una temperatura. Es sacrificio, es hermandad, solidaridad, y este sentido de la vida se ha de incrustar en vosotros y ha de daros una norma de relación y de conducta como hombres y como profesionales.

Respecto a las segundas, ya las conocéis de antemano y justamente algunas han sido estudiadas en vuestras reuniones: la guerra ha destruido muchos pueblos y ciudades de España; pero la guerra ha enseñado a unos y ha recordado a los demás que miles de españoles, y quizá los que con más tesón y heroísmo están luchando para impedir que España se convierta en colonia de Moscú, llevan vida infrahumana, viven peor que bestias, y en tales condiciones se hubieran disculpado todas sus rebeldías y deseos de emancipación de unas ligaduras sociales que les ataban a la situación de inferioridad en que se hallaban. Pero lejos de ser así, esos españoles que no tenían nada material que defender han sentido en sus entrañas la llamada de España, y sin cálculos ni egoísmos, limpia, espiritual, desinteresadamente, han respondido a ella, ofreciéndola sus vidas de campesinos y de obreros. Pues bien: hay que demostrarles que no se equivocaron, que hicieron bien en creer en nosotros, que estamos dispuestos a corregir errores y a corregir abusos, y en ello os corresponde una gran tarea, dándoles viviendas dignas de un hombre, con un mínimo de comodidades y de atractivos, y, sobre todo, de cualidades que permitan convertirlas en algo cálido, familiar y hogareño; que si en el concepto marxista, la casa no es sino un refugio para ampararse y defenderse contra ineludibles necesidades materiales de la vida, en la concepción nacionalsindicalista, además de eso, es un centro de expansión del espíritu, el marco que encuadra la familia, la que hace posible su existencia. Hay, pues, que destruir esas guaridas infectas de pueblos y ciudades y construir, no edificios, sino hogares.

Pero, además, debéis huir del sistema de construcción de barriadas obreras aisladas, que no es otra cosa que llevar la diferenciación de clases a la Arquitectura, construyendo edificios que parecen tener la finalidad de hacer resaltar la diferencia de los seres que en ella habitan respecto de los demás. Cuando el ideal sería que en los distintos pisos de una misma casa pudieran habitar, indistintamente, personas de distinto rango social; tendrían, de esta forma, una mayor convivencia, contacto y familiaridad; pero, mientras tanto que esto sea posible, hay que procurar que cada casa quede encuadrada entre las restantes y refleje el deseo de llegar a borrar el que los españoles se sientan divorciados por sus orígenes, condiciones económicas o de clases.

Otra característica de la Arquitectura en la España nacionalsindicalista ha de ser la austeridad y la sencillez. Esto es, hemos de huir del tipo de edificios suntuarios y ostentosos, porque cuando ¡tanta gente ha quedado sin hogar, yo estimo es preferible construir cien viviendas rurales o edificios modestos, aunque su construcción no reporte grandes beneficios, que no tres o cuatro de gran lujo, de gran suntuosidad y de pingües rendimientos.

Y tenéis que volver un poco hacia la artesanía, para que el edificio, más que obra de un técnico, sea la obra de un hombre, y tenéis que pensar en un tipo de casas sindicales, y en las construcciones derivadas del Auxilio Social, y en los monumentos que expliquen, con su simbolismo, a las generaciones futuras, cómo y por qué murieron los que les precedieron, y en todos los problemas relacionados con vuestra profesión que la guerra plantea. Ya veis s: tenéis tarea y la obligación de fijar la posición de la Falange ante todos ellos.

Camaradas de la Arquitectura: la España de la Falange, la España de Franco, es constructiva. Ha tenido-es verdad-que destruir mucho; pero, sobre las ruinas que la guerra ha traído, piensa levantar, con el esfuerzo de todos los españoles, libres de esclavitudes y animados por el mejor afán, un edificio esbelto como las agujas de una catedral gótica, sólido y sencillo como un monumento herreriano, clásico y armónico como el Partenón; pero, sobre todo, auténticamente nacional, y poner en lo más alto de él, arriba, muy arriba, el nombre sagrado de España.

EN EL ANIVERSARIO DE LA FUSION DE LAS J. O. N. S. CON FALANGE ESPAÑOLA

Discurso pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1938.

EN esta misma población, y en este mismo escenario, hoy hace cuatro años que se marcó una etapa en la gestación del Movimiento Nacional que está salvando a España. Dos fuerzas que habían nacido de análogos móviles, con ímpetu y signo semejante, las J. O. N. S. y la Falange; la primera, en 1931, poco después de advenir la República; la segunda, en la fecha ya histórica de 29 de octubre de 1933, se habían fundido unos días antes en hermandad para siempre indisoluble Y por boca de sus jefes y fundadores en este Valladolid, solera del Nacionalindicalismo, se lanzaron al viento con voz clara y tajante las consignas de unidad, antimarxismo y transformación social, y la decisión inquebrantable, costase lo que costase, pasase lo que pasase, cayesen cuantos fueran precisos, de terminar con la descomposición social, la anarquía económica Y la podredumbre política en que estaba hundida la Patria, sacándola de la charca pestilente en que la habían sumido caciques políticos y negociantes, y la vesania o mala fe de unos agitadores profesionales que habían llevado las masas inconscientes a la, situación de locura y envenenamiento que han traído las consecuencias que hoy día todos sufrimos. Y se celebró el acto que aquí conmemoramos, y en las calles de Valladolid, al igual que antes en las de Madrid y después en las de toda España, empezó a resonar la música guerrera que durante dos años había de acompañar a nuestras actuaciones y que en los dos últimos años ha alcanzado un ritmo del tan sublime intensidad que se ha convertido en la música que sólo puede acompañar a la letra que escriben diariamente los héroes y los mártires. De los que para nuestro orgullo y hermandad en su presencia en este acto aquí, tenemos una representación magnífica y abnegada. Y corrió la sangre de nuestros camaradas, que después, a torrentes, en unión del glorioso Ejército y de nuestros hermanos tradicionalistas, habían de verterla en el Alto del León; este nombre, que suena ya a leyenda, en donde los camaradas de Valladolid opusieron una barrera infranqueable al marxismo, evitando con su sacrificio generoso que pudiera desbordarse por las anchas llanuras de Castilla, y se vertió en Somosierra, en Alcobierre, en Huesca, en Asturias y Vizcaya, en el Norte, en Brunete, Belchite y en el Alfabra, y por España entera; pero los camaradas que en aquel acto hablaron, y por Dios si valían, a éstos ya no los tenemos; éstos ya se han marchado, dejándonos un regusto de dolor y vacío, del que nada podrá ya consolarnos.

Yo, que asistí de espectador a ese acto y escuché sus palabras, que conviví con ellos, que conocía su temple y su amor a España, por azares del Destino, tengo que hablar desde el mismo sitio, y quién sabe si tras de la misma mesa que ellos lo hicieron; por eso me creeréis fácilmente si os digo que un escalofrío de emoción profunda que nace de lo más íntimo y ahoga mis palabras, que me aprieta el corazón y la garganta, que desborda mis nervios, me invade en este instante y me obliga a gritar: Camaradas Julio, Ramiro, Onésimo y José Antonio: Vosotros nos inculcasteis una fe y nos disteis un ejemplo con vuestra heroica conducta; nos enseñasteis una doctrina; nosotros os prometemos, en cambio, seremos fieles hasta la muerte, seguir esa doctrina ciegamente, no olvidarla nunca ni a vosotros tampoco, y os prometemos también hacer de vuestro recuerdo un santuario, no mezclando vuestros nombres en cosas bajas ni terrenas, manteniéndolos alejados de las pasiones políticas, de las intrigas y de las maniobras. Que como os conocemos, sabemos perfectamente que si estuvierais aquí seríais los primeros en enarbolar la bandera de la unidad, del patriotismo y de la disciplina, y nos llevaríais a la misma senda por donde hoy vamos todos con fe y decisión siguiendo al Caudillo. Pues bien: la etapa que hoy conmemoramos esta superada; nuevos eslabones han sido soldados a la cadena de nuestra historia; el árbol ha dado nuevas ramas, también fuertes y robustas, por donde corre la sangre de cien generaciones remozada con el ímpetu de nuestra juventud. Un Jefe que tiene para serlo el mejor de los títulos: el de estar destrozando al comunismo en los campos de batalla, liberando al mundo de sus horrores y que ha implantado como normas del Estado que acaudilla los veintiséis puntos que escribiera José Antonio, y que nos lleva por las rutas que éste descubriera, nos dirige e inspira. Tenemos un Gobierno que rige la Nación, en el que las carteras de mayor trascendencia política y social, desde las que nuestros ideales han de convertirse en realidad, están regentadas por hombres que conocen de sacrificios, persecuciones y trabajos, y por hombres que estuvieron unidos personal y espiritualmente con nuestro Ausente, que jamás traicionarán su pensamiento ni sus propósitos, y que están decididos, en colaboración fraterna, a que se implante totalmente en el Estado nuevo, sin desviaciones ni mixtificaciones nocivas, las líneas directivas de nuestro Movimiento. Estamos, pues, en marcha y dispuestos a no pararnos. Tenemos motivos suficientes para mirar con alegría y tranquilidad el porvenir, y debemos tener ansias de hacer, de no desperdiciar ni un día ni un momento, que aun nos quedan días de gloria insospechada, y darnos cuenta que nuestra fuerza es interna, está en nosotros mismos, en la ejemplaridad de nuestra conducta, en lo continuado y callado de nuestro esfuerzo. Si en los días de nuestro nacimiento no pudieron vencernos ni halagos, ni críticas, ni indiferencias, ni silencios, ni tiros, ni persecuciones, ni cárceles, ni destierros; si después hemos luchado en una guerra de proporciones gigantescas, ¿es que nos pueden asustar ahora historias de brujas o

cuentos de miedo? ¿Que para llegar a la cima aun faltan muchos pasos? Eso no lo ignoramos. ¿Que tropezaremos y caeremos algunos? Lo sabemos también; pero habrá que levantarse, y con los huesos rotos y el cuerpo dolorido y maltrecho, si es preciso, seguiremos marchando, y si llega un momento en que no podamos más, dejaremos el paso a quien, fresco y pujante, con espíritu auténtico, pueda sustituirnos y continuar la tarea, si es que nosotros no la hemos podido terminar.

Pero lo que nadie puede en estos días de dolor para España es eludir ni escamotear, por temor, comodidad o vano orgullo, sacrificios ni responsabilidades. Nuestro título de honor y de servicio aquí, en la retaguardia, es justamente ese; es la única manera de hacernos dignos de los que han muerto, de los que luchan, de los que han arriesgado mucho más de lo que nosotros podíamos arriesgar. Hay que aceptar los puestos de mando por duros que parezcan, aunque en ellos se pueda fracasar, que este fracaso no será nunca estéril, que de él sacarán enseñanzas para el bien de la Patria los que nos sustituyan. Hay que arriesgar prestigios y popularidad, por mucha que se tenga, y cuanto más mejor, que si el prestigio se adquiere en la lucha, una vez adquirido se ha de poner al servicio de España y nunca hacer de él fuente de beneficios ni de comodidades. Y tener muy presente que, como no imprime gracia ni es definitivo, al igual que se adquiere puede perderse, es preciso revalidarlo diariamente con actos que demuestren que se tiene derecho a seguir ostentándolo y a seguir gozando de él.

Si éstas son obligaciones y deberes del que manda y ocupa puestos de responsabilidad, los que obedecen también tienen las suyas: han de tener ferviente espíritu de sacrificio, obedecer ciegamente las órdenes de los jefes, sin críticas ni comentarios, procediendo siempre limpia, claramente, sin ambicionar cargos ni creerse cada uno con capacidad suficiente, incluso para desempeñar el de Jefe nacional; estamos para servir a la Falange, no pára servirnos de ella; ella nos utiliza como más le conviene; hoy nos concede el puesto de mayor jerarquía y mañana exige le. sirvamos de simple militante, y en el uno y en el otro hemos de estar alegres, satisfechos y orgullosos de haber merecido el honor de trabajar por España. Esa es nuestra misión: transformarla de arriba abajo, pero con transformación ancha, popular, profunda, entrañable, no de grupitos ni cenáculos más o menos intelectualoides; volverla del envés al revés; restablecer la unidad entre los españoles, superando la mentalidad marxista de la lucha de clases, y para ello hemos de empezar por espiritualizar la vida, huyendo del materialismo económico, que se da lo mismo en el accionista, que sólo vive para aumentar sus dividendos, como en el sindicato de clase, que sólo piensa en imponer un aumento de salario por encima, de toda humana posibilidad. Hay que dar a la economía una finalidad distinta de la que hasta ahora ha tenido, viendo en ella, no el medio de acumular riquezas, sino el de satisfacer sus necesidades. Haciendo que el capital no pueda considerarse como el eje del mundo, ni emplearse como instrumento de dominación humana, sino como un elemento al servicio del hombre, y que con la técnica y el trabajo lo utiliza en interés del pueblo. El pueblo no es un mero agregado numérico de individuos, portador cada uno de un trozo de soberanía nacional, como quieren las doctrinas democráticas, ni la masa amorfa, movediza, voluble, «capitana» de pasiones y apetitos, pedestal para las piruetas de consecuencias trágicas que sobre ella hacen los agitadores vulgares, ni es una clase de la Nación. El pueblo somos todos los españoles que a través de una familia, de un municipio, de un sindicato o del Partido participamos con nuestro trabajo en la vida del Estado, que por éso es un Estado popular. Y cuando el Estado no se encuentra matizado por ningún carácter clasista, no es burgués ni proletario; cuando no representa ni ampara intereses de grupo, clase ni bandera política; cuando se considera investido de una, misión profunda y permanente; cuando es la expresión jurídica de la nación y ésta a su vez no es un producto del sentimiento, de la sensibilidad, sino el resultado de un proceso histórico y mental, rígido y exacto como verdad matemática, que liga a los que en ella habitan sin distinción de rangos ni categorías por mandato de una ley histórica a un destino común y distinto del resto de los demás mortales, al Estado entonces no se le puede tachar de opresor, porque es precisamente el instrumento realizador de ese común destino, y nadie tiene derecho a sentirse desarraigado de la Patria, a desentenderse de sus preocupaciones, a no hacer propias sus penas o alegrías, ni vinculado a ninguna clase de internacionales rojas o blancas, plutócratas u obreras, que no son sino defensas de intereses parciales en perjuicio de la conveniencia de la totalidad.

Esa Revolución nacional, pues, hay que hacerla. Vamos camino de ella. Y esa Revolución, no se asusten los tímidos, no es incompatible con nuestra tradición gloriosa, porque la tradición no puede ser copia servil de lo pasado, que si lo hubiera sido, los Reyes Católicos, cuyo emblema llevamos en nuestros pechos, en vez de ser como fueron los gobernantes más revolucionarios que ha tenido España, se hubiesen limitado a copiar a sus predecesores y no hubieran llegado a realizar la unidad de la Patria; nosotros debemos aspirar también a crear tradición para que, al igual que hoy buscamos inspiración y guía para nuestros actos en la conducta de las grandes figuras de nuestra Historia, las generaciones venideras la busquen en nuestros actos, en nuestro amor a España, en nuestros afanes de que en ella impere la justicia y que la gloria la envuelva. La juventud española no puede estar muriendo, pues, para que continúen imperando los egoísmos, las injusticias y los

abusos del sistema político-económico que en España existía. ¿Que algunos querrán que continúe? Indudablemente que sí; pero aquí estamos nosotros, unidos al Caudillo, para no consentirlo y oponernos con todas nuestras fuerzas a que ello suceda. Los españoles no se pueden matar para defender intereses de proletarios ni de capitalistas ni de nadie, ni para una España roja, ni para una España blanca, sino para una España entera, completa, grande, libre, en la que en vez de odiarse mutuamente puedan convivir como hermanos dignamente.

Bien; pero la Revolución nacional no se hace con palabras; éstas se han dicho muchas veces en todos los tonos y en todas las clases: exige realidades, disposiciones prontas y tajantes, que el hambre y la necesidad no esperen, disposiciones que ya se han dado algunas y que se seguirán dando más, y que, a diferencia de lo que antes sucedía, se cumplirán a rajatabla. Si el campo es objeto de principal estudio de nuestro programa; si del campo vive la mayor parte de la población de España; si, como dijo Onésimo, las manos rugosas de nuestros campesinos son las que con más fuerza sostendrán las conquistas del Nacionalindustrialismo; si esos campesinos son los más callados, sufridos y abnegados de todos los españoles, y al decir campesino no me refiero sólo al que cobra un salario por trabajar la tierra, sino al colono, al labrador, al propietario, a todo aquel que de la tierra vive y a ella consagra sus ocupaciones y desvelos, a ellos son a quienes primeramente hemos de atender y a los que primeramente hemos de dar satisfacción por mandato de la justicia, de los intereses de la Nación y de las obligaciones del cargo que desempeño. Y en este cargo, que constituía la mayor ilusión de José Antonio, porque soñaba realizar desde él la redención económica Y social de la tierra y la redención del campesino, estoy decidido; con el ritmo que las circunstancias permitan, a convertir en realidad el programa de Falange. para dar cumplimiento a los deseos del Caudillo, al pensamiento de José Antonio y a mi convencimiento de que mientras en el campo no impere la justicia social de que tanto se habla en España, no podrá haber la solidaridad y convivencia que todos deseamos.

Que el problema del campo tiene, como sabéis, muchas facetas social-políticas y económicas, pero que todas están relacionadas. Si nos fijamos en la social, es cierto, sin duda, que ha habido abusos por parte de los empresarios agrícolas, que han faltado a sus deberes pagando jornales irrisorios; pero es verdad también que en otros muchos casos esos deberes no se han cumplido porque los productos no han dado el rendimiento que debían de dar; no se puede imponer una justa distribución de beneficios sin que éstos existan, y para que existan los primeros, lo que hace falta es revalorizar los precios, y ello se ha de conseguir limitando la acción de los intermediarios. Disciplinando estos precios, mediante una limitación de la intervención de los intermediarios, realizando la venta por organismos sindicales, con lo cual el productor tendrá asegurada la renta del producto a un precio remunerador, el trabajador o el obrero lo que en justicia le corresponda, y el consumidor seguirá pagando lo mismo, o a lo sumo, con un aumento insignificante y siempre en una proporción inferior al aumento de valor del producto, y éstas no son fantasías ni quimeras: ahí tenéis el servicio del trigo, al que ha seguido el de maíz, al que pronto seguirán otros varios, y que demuestran prácticamente cuanto os acabo de decir. Y no se arguya que eso es estatificar servicios, como algunos objetan; la iniciativa particular se mantiene y ampara; lo único que se hace es conservar los precios entre tasas mínimas y máximas, para impedir fluctuaciones anárquicas y perjudiciales.

Hay que pensar también en un plan de reforma agraria hecha con toda cautela, objetividad y desapasionamiento, inspirada no en móviles políticos populacheros de galería, ni de persecución a nadie; pero que no se detendrá ante prejuicios de clase, presiones o intereses particulares cuando éstos choquen con los superiores de la nación, de la justicia, incluso de la caridad cristiana; por eso, en este acto yo tengo que hacer una declaración y una advertencia, y es que hasta tanto se labore y apruebe esa. reforma no se podrán devolver a sus antiguos propietarios las fincas hoy incautadas, pues ello sería tanto como prejuzgar nuestros proyectos y poner en la calle a los campesinos que las trabajan y que lo hacen precisamente por ser afectos a nuestro Movimiento.

Esa reforma agraria ya la esbozó magistralmente José Antonio a grandes rasgos. Explotación sindical de los grandes cultivos de secano, parcelación por unidades familiares de los regadíos, puesta en riego inmediato de aquellos que tienen terminadas las obras hace ya muchos años, determinación de la clase de cultivo de cada zona según las condiciones de explotación, traslado de las masas campesinas desde aquellas tierras sobre las que no es posible vivir, por ser la tierra estéril e inútil estarlas arañando año tras año, a aquellas otras más aptas para la producción; y hay que hacer comprender igualmente a los grandes propietarios que aunque los rendimientos que obtengan de sus fincas sean los suficientes para su vida, son inferiores a los que corresponden con arreglo a la clase de terreno que cultivan, no deben darse por satisfechos y es deber suyo el aumentarlos; pero también hay que hacerles comprender que socialmente no es admisible alegar que se eleva una finca con los perfeccionamientos de la técnica más escrupulosa si ellos sólo sirven para dar beneficios al propietario, pero no a los habitantes del término o términos municipales en que la finca esté enclavada. El

